

**Amelia**  
**La última alcaldesa**

 **Colección Crisol**



**AMELIA  
LA ÚLTIMA ALCALDESA**

**JUAN RAMÍREZ MARTÍNEZ**

**Ediciones Bayamo, 2003**

Edición: Wilberto Jova Fría  
Diseño: Jaime Pérez Fernández  
Composición computarizada: Yulia Almaguer Bencosme  
Corrección: Yanira Reyna Hidalgo  
Impresión: Vicente Piña Rodríguez  
Encuadernación: Clarisbel Ramírez López

© Juan Ramírez Martínez  
© Sobre la presente edición:  
Ediciones Bayamo, 2003.

ISBN: 959-223-066-8  
Ediciones Bayamo  
Centro Provincial del Libro y la Literatura  
Canducha Figueredo No. 62  
Entre Libertad y General García.  
Bayamo, Granma, Cuba.  
E. mail: [cpllgr@crisol.cult.cu](mailto:cpllgr@crisol.cult.cu)

# ÍNDICE

Entrar al tiempo /	9
Una puerta en la historia /	15
Tres etapas: la misma historia /	20
Tiempos de lucha /	50
¿La última alcaldesa? /	70
Amelia en la memoria /	88
Epílogo /	96
Amelia en el tiempo /	97



Agradezco la colaboración desinteresada de:

Celeste Herryman Rodríguez, Pedro Viltres Ramírez, Anoland Botello, Vivian Puebla, Adalberto Martínez, Gliseria Martínez, Pedro Botello, Hermógenes Peña, Luis Germán Sariol.

Todos ellos testimoniantes muy valiosos, y además a los compañeros Ángel González, Víctor Pompa y Ricardo Morales por sus sugerencias, así como a Lourdes Torres por su dedicación y esmero en la mecanografía inicial.

Es mi deseo expresar también mi profundo agradecimiento a la dirección de la Biblioteca Provincial "1868", especialmente a su directora Rebeca Brull Ramírez y a los pacientes amigos Esther Muñoz Guerra y Manuel Pompa Espinosa. A todos gracias.

Juan Ramírez Martínez



## Entrar al tiempo

**A** mi parece que todas esas son casualidades de la vida. ¡Eso sí! Siempre me he sentido orgullosa de esa casualidad. Vine al mundo el 2 de diciembre de 1907 y me entregaron el carné de la Federación de Mujeres Cubanas el 2 de diciembre de 1960, para que usted vea las cosas de la vida... Para mí fue un gran honor y regalo de cumpleaños. ¡¿El día del desembarco?! Sí, cómo no, lo sabía. Estaba segura de que ahí había llegado la estrella de Martí y me sentí como si hubiera nacido otra vez. ¡Imagínese cuánto significa nacer con la historia de la Patria!

Emiliano Puebla se llamaba mi padre y mi madre Rafaela Pérez Álvarez. Cuando nací vivíamos en la calle San Carlos, ahora Antonio Maceo, en la casa de mi abuela materna. Para esa época se nacía en las casas porque los hospitales eran muy difíciles. Los partos los resolvían las comadronas, que eran como médicos de la familia sin estudios. Mis hermanos nacieron en Jobosí, un lugarcito ahí, después que uno pasa el río, como quien va para La Martí. Allí mi papá tenía una finquita. Creo que se la dio un pariente o un padrino, no sé bien, para que se defendiera, pues él no tenía nada porque mi abuelo, Octaviano León, no lo reconoció como hijo legítimo por no ser del matrimonio. Tampoco lo hizo con los otros hijos que tuvo con mi abuelita Amelia, y como no estaban casados ella no podía reclamar nada. Esa eran las leyes de la época.

Cuando mamá y papá se casaron tenían dieciocho años ella y diecinueve él. Sus primeros hijos fueron unas mellizas: Pura de los Ángeles y Amelia Antonia. Luego nació un varón, ya fallecido, y después vino Felina Segunda. Entonces se mudaron a casa de abuelita Francisca Pérez, que estaba viviendo sola porque había envidado el año anterior. Ahí nací yo y más atrás Eutimio Elías, seguido de Amanda. El último se llamó Mario. Amanda murió chiquita, cuando Mario tenía tres meses, Felina cinco años y yo cuatro y mire usted, sólo ella y yo llegamos a ser las más viejas. Felina se me fue de las manos... Como la he sentido. Me he ido quedando sola.

Nuestro padre se enamoró de otra mujer y nos abandonó. Me llevaron a vivir con una tía. Estábamos un poco apretadas y la situación se nos iba poniendo cada día más fea. Todo se complicaba más y más. Así llegué a los once años... y bueno, una niña de once años es casi una señorita y necesita más cosas... por eso me puse a lavar y planchar pago, para ayudar a mi mamá y mis hermanas. Nada más tenía un vestidito y un solo par de zapatos. Me daba pena... siempre igual... y entonces no fui más a la escuela. Me dediqué a trabajar y aproveché el tiempo en aprender a coser.

Cuando estaba por los trece años más o menos, ya sabía hacer ropas de todo tipo. Casi siempre hacía ropa de hombre. Las camisas las cobraba a veinte centavos y los pantalones a treinta. Una vez me fui para Cabagán y trabajé allí cerca de dos meses. Me pagaban quince pesos mensuales por las costuras. No recuerdo bien si eso fue a finales de los años veinte o inicios de los treinta. Tengo la fecha confundida, sobre todo porque nunca la

apunté, aunque siempre lo anoto todo. Lo que sí recuerdo bien es que paré en la casa de Mario Acebo. En otra ocasión, por esa misma fecha, volví bajo las mismas condiciones porque en la primera me había ido de lo mejor. Esa vez paré en casa de Antonio González.

Aquellos tiempos no eran buenos. Aunque podía considerarme como una artesana y a cada rato me aparecía algo qué hacer, la pasaba dura; imagínese usted, los campesinos la pasaban peor. ¡Durísima! Lo más que les pagaban por un jornal era veinte o treinta centavos. Cosechaban tabaco bueno de verdad y los compradores les daban una miseria por un jaz<sup>1</sup> eran diez o quince centavos nada más... Oiga, y el trabajo que da cosechar tabaco... Así era la vida... difícil, no sólo en Cabagán: se podía encontrar en cualquier monte de Cuba. Eran los tiempos de Machado.

¡Otra cosa! Toda esa necesidad venía acompañada de más desgracias. Porque para mí el juego con interés siempre ha sido una desgracia. Allá en Cabagán se jugaba de todo lo que se podía. ¡Allí estaba el vicioso que hacía olas! Dados, lotería, gallos y el copón divino. Hombres honrados en su mayoría dejando el poco dinero que se ganaban en el juego. Jugaban mucho porque pensaban siempre en ganar. Los que no tenían dinero, la mayoría, se jugaban la comida de ellos, y a veces hasta la de sus hijos. Y no lo hacían de mal corazón.

Vi mucho en ese barrio... vi cambiar tabaco torcido por paticruzao<sup>2</sup>, que costaba quince centavos la botella. ¡Ese ron era candela! ¡Cómo se ponían los hombres cuando lo tomaban! ¡Na! Los patrones nunca se metían ¿Para qué? Si a ellos les convenía que los campesinos

se emborracharan para que perdieran la vergüenza, la moral y la conciencia de todo, y de esa forma explotarlos más fácil. El que toma mucho y anda en todas esas cosas se embrutece.

Los guajiros no tuvimos nuestras vacas gordas hasta después del Primero de Enero de 1959. Todavía en 1957 la vida de Yara era pésima, tanto que un día vinieron unos periodistas e hicieron un reportaje para la revista Bohemia.

Luis Germán Sariol, quien fuera concejal, promovió la idea. Según cuentan, se encontró con los periodistas en Manzanillo, los abordó y les habló de su idea y uno de los hombres o los dos, no sé, vinieron. Caminaron por dondequiera. Tremenda sorpresa que nos llevamos los yareros cuando en la edición del 31 de marzo de 1957 salió en una de las secciones fijas de la revista un titular en grande que decía: "Yara, un pueblo que carece de todo". El artículo era bastante osado para la época. Hablaba de la triste e inmunda vida de los arroceros. Mostraba a los niños trabajando en las arroceras y contaba cómo eran explotados los muy infelices. Había una foto donde estaba un caballo pastando en el parque Pérez Andrés. Decía el periodista que eso de parque no tenía nada.

En una parte aparece una entrevista a un señor que se llamaba Teodobaldo Puebla, al parecer andaba con Sariol ese día, y le dijo al periodista que los campesinos comían fundamentalmente yuca con agua de chinganga y el hombre de La Habana se quedó en la luna. Entonces Teodobaldo tuvo que explicarle que eso se preparaba mezclando tres botellas de agua con un

medio de azúcar prieta y un medio de café. Creo que al periodista no le dio por probar la receta. Al final del artículo había un párrafo donde el reportero le recordaba a Batista de cuando anduvo por Yara buscando votos para su campaña y de cómo no se había acordado después ni de arreglar las calles. Mucho caso le haría Batista, que en esos días estaba engordando con carne de gente joven, que después del famoso artículo no se oyó hablar más del caso y las calles parecían ciénagas.

Oiga, aquí a penas caía un agüita el fango daba al pecho. Yara era como un castigo. El gobierno no se ocupaba de nuestro pueblecito y todo lo que se podía encontrar aquí era hecho por los propios hijos del pueblo. Los gobernantes siempre prometían y prometían y después se olvidaban fácilmente... no digo yo de Yara, hasta de su propia madre se olvidaban a veces.

En ese mismo año había aquí un centro escolar llamado Carlos Manuel de Céspedes. Un solo centro escolar. ¿Se imagina? Nada más tenía tres aulas y la dirección. Hágase la idea de cómo tendrían que estar los niños. Unos sobre otros, porque en un aula de aquellas se daban varios grados. Por cierto, en aquel centro fue donde vi por primera vez una huelga estudiantil aquí en Yara, es más, la única que recuerdo. Todo fue provocado por los maltratos físicos reiterados de un maestro a sus alumnos. El hombre acostumbraba a jalarle los pelos y las orejas a los muchachos, a darles pellizcos, golpes y de todo eso... Ese día cogió a un niño y le dio un jalón de oreja tan fuerte que se la desprendió por la parte de abajo y esa fue la tapa del pomo. Los muchachos se

sublevaron y se lanzaron a las calles haciendo una demanda principal: que botaran al maestro. ¡¿Cómo no lo iban a botar?! ¡Salió como bola por tronera! Hasta los niños han sido rebeldes en Yara. Yo digo que eso es una brasa de Hatuey que quedó encendida en este pueblo de por vida.

<sup>1</sup> Medida campesina equivalente a

<sup>2</sup> Licor casero

## Una puerta en la historia

**M**ira, tuve la oportunidad de conocer bien mi pueblo. En 1936 dejé la costura por lo poco que daba y me puse a vender cosas ambulante por ahí. Desde Holguín me mandaban efectos de quincalla, ropa, escobas y otras boberías. En ese tiempo me puse también a cobrar recibos de asociados a distintos clubes e igualas médicas. Por último, antes de ser farmacéutica, trabajé de vendedora de seguros aquí y en Manzanillo. Gracias a los trabajos que pasé me puse en contacto con la sociedad tal y como era.

A decir verdad, yo creo que los trabajos fueron enriqueciendo este fervor revolucionario que vino a recrudescerse cuando el vil asesinato de Julio Antonio Mella y las cosas que de él oía. Sí, porque yo contactaba con muchas personas diferentes. Andaba por Yara, por los barrios de campo, por Manzanillo, Veguitas... Andando por Manzanillo fui conociendo a distintas personas que me revivieron los sentimientos patrióticos, porque ya yo había estado vinculada en una ocasión a personas con ideas revolucionarias. La primera organización política a la que me vi vinculada fue al grupo Acción Republicana, en el año 1935. En ese grupo se encontraban personas como los doctores Eulises y Dulce Estrada; Eutimio Puebla, mi padre; Francisca Rivero, la madre de Piti Fajardo. Me acuerdo

de cuando la vez en que la mujer tuvo derecho al voto por primera ocasión en la historia de este país yo fui con mis compañeros... que por cierto, muchos de ellos eran comunistas. Yo me siento una mujer con suerte y con dicha, pues tuve la oportunidad y el honor de conocer a prestigiosas figuras comunistas así, ahí en persona...

Conocí a Miguel Figueredo, comunista de aquí de Yara, a los hermanos Pepe y David Mestre, a María y Chicho, a Carito Figueredo... y muchos más... con todos ellos fui a votar, pero yo no era comunista en esa época. En ese tiempo conocí personalmente a Blas Roca y Paquito Rosales, quien pasó a la historia después como el primer alcalde comunista de Cuba. En otra oportunidad conocí a una persona a la que siempre había admirado y ahora admiro más: Jesús Menéndez. Tuve la dicha de conversar con él. Me habló mucho. Sus ideas eran muy claras y muy lindas. Era un revolucionario de cuerpo y alma. Por eso era que estorbaba. Ese día él venía del Central Mabay. Creo que era medio día cuando se bajó de un gascar<sup>3</sup> en la estación de aquí. Iba con rumbo a Estrada Palma. Ocho horas más tarde caería asesinado por Casillas en los ferrocarriles de Manzanillo.

Cuando el tiempo le ha pasado a una por el cuerpo es cuando una ve mejor las cosas. Cierro los ojos y veo a todos esos compañeros valiosos aquí, y cuando los abro los veo en la cara de cualquier revolucionario verdadero que me pase por al lado. Para serle sincera: yo me siento revolucionaria de alma, corazón y hecho.

Siempre andaba por el pueblo conversando con la gente y mirando cómo estaba esto. Eso fue posible porque durante un tiempo fui cobradora de seguros y me metía por todos los lugares de esta zona. Ese trabajo lo llevé como hasta... junio de 1953 cuando se me complicó la cosa porque desde 1950 había comenzado a alternar con la farmacia del Dr. Espinosa, y la verdad es que ya no era posible llevar las dos ocupaciones a la vez. Entonces opté por lo que me dejaba un salario seguro, aunque bajo: la farmacia.

Ahora, de lo que sí doy fe a cualquiera es que para conocerse a sí mismo hay que conocer al mundo en que uno vive y a la gente que le rodean. Entonces uno se pregunta: ¿quién soy?. Y ve que es parte del pueblo y como viva el pueblo uno debiera vivir: reír cuando todos rían y llorar cuando todos lloren. Hay gente que vive y no vive, pero los comunistas... todo el que en verdad se sienta comunista, vive mil veces. Ahí tiene el caso de los Figueredo.

Me parece que ellos fueron de los primeros comunistas en esta zona. Los conocí por mediación de Celeste Herryman. Resulta que antes las familias campesinas celebraban los cumpleaños y los santos que parecían un carnaval, por supuesto, los que podían. En una fiesta de esas no faltaba un lechón asado, el rongotel, bebidas de distintos tipos, música de órgano casi siempre, invitados del barrio, familiares, amistades y bueno... eso era tremendo. Uno de esos días, el 10 de enero, cumplía años Celeste y ella había invitado a Miguel Ángel Figueredo. Él llegó, pero no con alegría. Celeste lo llamó y le preguntó qué le pasaba y él

respondió: “Vine para decirte que no asistiré a la fiesta porque ha muerto un cubano muy valioso en México”. Celeste era muy jovencita. Años más tarde ella me contó que en aquel momento pensó: “Dime tú, una persona que no es nada tuya muere en un país lejano y eso te impide ir a una comida...”

Me radicalicé a partir de la muerte de Mella. Era muy conocido al igual que Villena y en mi casa se hablaba de los dos. Lo quería mucho sin conocerlo personalmente. Un tío mío hablaba mucho de las ideas de Mella y me sentía identificada con él, por eso fue que sentí tanto su muerte. Me acuerdo que el papá de Celeste le explicó días más tarde por qué la actitud de Ángel y, según ella me contó, le advirtió que Ángel era un muchacho muy valiente, pero que tuviera cuidado porque era comunista.

Oiga, decir comunista en aquellos tiempos era como mencionar al diablo en la iglesia. Todos los comunistas estaban señalados. A los Figueredo los detenían a cada rato. Otros detenidos con frecuencia por igual motivo eran José Mestre y su hijo, Romárico Castillo y Vicente González. Los cogían presos y los pelaban al rape, les untaban chapapote caliente, los obligaban a tomarse los pomos de aceite de resino y otras cosas... eso era en el mejor de los casos, porque algunos comunistas se perdían y no aparecían nunca más. Una veía todas estas cosas... imagínese, una tiene corazón... Celeste se hizo una gran luchadora después.

En 1951 se organizó el Partido Ortodoxo aquí y me incorporé. El Dr. Ulises Estrada era el Presidente del Comité

Ejecutivo Municipal de Manzanillo. Vergüenza contra dinero... Eddy Chibás era un hombre de vergüenza. A la legua se veía. Esa fue mi primera filiación política bien sería. A partir de ahí comencé de verdad en esto.

<sup>3</sup> Gascar

## Tres etapas: la misma historia

**E**s que a mí me guste hablar de mi pueblo y de mi gente. Creo que no hay en el mundo una sola persona así, porque dicen que hasta los vendepatria que se fueron con los americanos al triunfo de la Revolución lo único que hacen allá es llorar y recordar la tierra donde nacieron. Por ahí hay gente que dice: “Yo no me acuerdo de nada ni de nadie...” Y yo sé... que por dentro están diciendo siempre: “Ay, dios mío... si pudiera volver... si alguien me contara algo o me hablara cualquier cosa de los míos...” Pero bueno, la vida es así y ellos escogieron ese camino. Así son los que se fueron. En el mundo hay de todo. Porque otros se quedaron aunque no les gusta esto, pero el caso es que quieren a su tierra y a sus pueblos. Mira, porque hay otro tipo de gente también que vive aquí y que son revolucionarias que trabajan duro por la Revolución, pero que tienen algo por dentro... no sé..., les falta querer más al terruño donde nacieron... Sí, entiendo que Cuba es una y por ella doy la vida cien veces... pero el pueblo donde uno nace es el pueblo donde uno nace, que es decir la madre de uno... ¿me entiendes? Pero esa gente así se van de Yara con un machete y un sombrero de yarey y cuando un día te los encuentras en La Habana te dicen *cabbón* y andan en pitusa de esos que se usan ahora... ¡Hasta las viejas y los viejos! Sin embargo ahí tiene usted un ejemplo de lo

que es querer a su pueblo en la gente de Manzanillo... donde quiera que usted encuentre a un manzanillero, como si es en el Polo Norte, siempre dicen con orgullo que son manzanilleros y no dejan de decir *cajne* nunca... Yo también soy así... Yara no me puede faltar. Me siento como una piedra de la calle, un árbol del parque... no sé, soy así.

Toda mi vida la he dedicado a este pueblecito y con todo no voy a morir satisfecha porque estoy segura de que no voy a poder ver todo lo que me hubiera gustado haber visto en mi pueblo. Este pueblo tan viejo... tan viejo como los indios... ¡Este pueblo nació con los indios! Ellos fueron los primeros que vivieron aquí, los aborígenes, como les han llamado ahora. Dicen que Diego Velázquez fue quien fundó a Yara. En realidad no fue así; él lo que hizo fue inscribirla en los libros del rey y ponerle San Salvador; pero él no fundó nada, no señor, hay historiadores que afirman que ya aquí había un asentamiento de indios. Fíjese que según cuentan, Yara era la aldea más importante del cacicazgo de Macaca. ¿Y eso no era una civilización? ¿Entonces quién fundó qué? Porque inclusive, el nombre de Yara existía ya. Mire, sobre el origen del nombre hay una hipótesis que yo leí una vez en el periódico *La Demajagua*. Decía que según las investigaciones Yara quería decir en la época de los indios "lugar donde se hace el yare". Cuenta el cronista que el yare era un jugo que se hacía a partir de la yuca amarga; pero que en Venezuela se le llamaba así a la masa de la yuca. El vocablo era del grupo conocido con el nombre de los caribes. Por lo tanto, Yara debió ser el nombre del lugar donde se preparaba el casabe y

el yare. ¿Qué le parece? Y viene entonces Diego Velázquez... ¡Diego Velázquez!... Ese lo único que hizo aquí fue sacrificar indios infelices. Mire usted la barbarie que hizo con Hatuey... y menos mal que ellos eran cristianos, porque si no, son capaces de yo no sé qué cosas más. ¡Hatuey era un hombre de anjá! Vino de Santo Domingo y según cuentan le dio tremendo trabajo a Velázquez y sus cristianos esclavizadores. Luchó en su país, vino para acá y fue el precursor del sistema de guerra de guerrillas. ¡Tenía locos a los españoles! Pero no pudo triunfar. Al final lo cogieron por aquí cerca y Velázquez decidió que fuese quemado vivo, como en la Santa Inquisición, para escarmiento de los demás. Lo llevaron a la hoguera en los días de febrero de 1512. ¡Oiga! Ni así lograron someterlo.

En aquella época no existía Cuba como nación, ni en Europa habían muchas naciones, pero si hubiese existido todo eso y la palabra internacionalista, bien se podría decir que Hatuey fue un precursor también del internacionalismo. Hasta hace poco se discutía por muchas personas si el sacrificio de Hatuey había sido aquí o en Baracoa..., pero ya eso quedó claro. Hay una carta por ahí que Velázquez le mandó al rey donde se evidencia que todo eso fue aquí. En esa carta él le decía al rey que con la quema del “Cacique de Yahatuey” estaba salvada la conquista y fue por eso que bautizó a este lugar con el nombre de San Salvador. Según los documentos históricos eso sucedió el 5 de noviembre de 1513, pero la carta de Velázquez al monarca español está fechada el primero de abril de 1514, año en que se trasladó la villa hacia donde está Bayamo y le

nombraron San Salvador de Bayamo. Seguro que aquí se quedaron algunos de los conquistadores y entonces el pueblo de Yara no murió y siguió fomentándose. ¿Qué le parece? Así quedó la hoguera en las llamas del recuerdo y en la sangre de cada yarero; por eso este pedacito de Cuba tiene tanta historia... porque, ¡ójgame! aquí hay mucha historia olvidada... De Yara fueron los hombres que se batieron contra Gilberto Girón para rescatar al Fray de las Cabezas Altamirano. De aquí de hato de Yara y de otras comarcas cercanas salieron los hombres comandados por el capitán Gregorio Ramos. Le cortaron la cabeza al pirata y la exhibieron después.

Mire usted, eso demuestra que el lugar estaba bastante habitado y que a la vez tenía cierta importancia. Todo eso lo he leído y o me lo han contado los viejos. Yo leo mucho y siempre le digo a la gente que por la lectura entran el saber y la vida provechosa. La lectura desangra a la ignorancia hasta que la mata... aunque, la ignorancia nunca se logra matar del todo, ¿verdad? Hay cosas que una no siempre sabe, no se puede saber todo y de todo... pero bueno, siempre se puede vencer a la ignorancia... por supuesto, cuando se quiere.

Casi todo lo que leo es sobre historia. Y más si es algo sobre mi pueblo. ¿Ha leído sobre el 11 de octubre?. Porque ahí tiene usted otra cosa importante, una fecha gloriosa. Es más, yo diría que es importante para toda Cuba. El 11 de octubre de 1868 fue el segundo día de la guerra. El primer combate. Sí, Céspedes salió de “La Demajagua” pero en la madrugada del día 11 ya estaba aquí. Venía con Masó, sí señor, Bartolomé Masó

Márquez. Sepa usted que nació en una finca cerca de aquí. Bueno, el caso es que pasaron por San Francisco, El Rosario, acamparon en Palmas Altas y luego hicieron un alto en Caobitas, un lugar cercano. Desde allí envió Céspedes a dos oficiales con la orden de conminar al Capitán del partido de Yara a su rendición. El hombre accedió y el ejército, que por cierto tenía pocos hombres armados, marchó inmediatamente sobre el pueblo con la intención de pernoctar. ¿Pero, qué pasó? ¡Vea! Apenas salieron los dos parlamentarios entró a Yara una columna española al mando de Villares, pedida a Bayamo por el gobernador de Manzanillo; y lo que iba a ser el primer triunfo de las armas cubanas se convirtió en su primer revés militar... pero no político; porque cuentan que cuando se dio el grito de ¡Viva Cuba libre! en la plaza, 130 enemigos descargaron sus plomos contra los rebeldes y los cogieron desprevenidos. Los cubanos se retiraron.

Quedaron doce hombres. Uno de ellos comentó que todo se había perdido... y era un pensamiento lógico al ver la derrota militar, pues él no comprendía la gran victoria política que representaba aquel combate. Ante aquella muestra de pesimismo, es cuando Céspedes responde: “¡Quedamos doce hombres, basta para hacer la independencia de Cuba”!. Tremenda convicción, ¿eh?

Por aquí han empezado grandes rebeliones. ¿Usted sabe de qué me acuerdo ahora...? Hace unos años vino Onelio Jorge Cardoso... usted debe saber quién es... bueno, pues paseó por todo el pueblo y parado delante del tamarindo exclamó: “¡Venir a este lugar es como darse

un baño de historia!” Sí señor, como lo oye... Eso fue allí frente al tamarindo que está al lado de la iglesia católica y frente al parque, donde está la tarja. Dicen que ahí van a hacerle el monumento a Hatuey.

¿El tamarindo? Bueno, la historia es muy bonita. Me la contó primero mi abuelita Francisca y después me habló también de eso Vicente Botello. Siempre se creyó que Hatuey había sido quemado en el tronco seco de un árbol, en el lugar donde hoy se levanta el tamarindo. Unos hijos de Yara que habían escuchado esa historia sembraron una mata de tamarindo en el lugar del suplicio para rendirle homenaje al primer mártir de nuestra historia. Ese árbol murió, pero no sé precisar la fecha. Entonces otro grupo de hombres decidió arrancar el tronco quemado para sembrar un tamarindo nuevo, fue ese el que se perdió entre el fuego cuando quemaron el pueblo en la guerra del 95. Así estuvo un tiempo olvidado hasta que otro grupo de pobladores decidieron que el tributo al indio rebelde debía perdurar por siempre en el pueblo y el día 10 de octubre de 1907 vinieron de Veguitas: Andrés Socarrás, Francisco (Pancho), Javier León, Pompeyo León, José (Pepillo) Botello, Patrocinio Matos y Atilano Baldoquín; ellos se unieron al Coronel Rafael Terrero Matos, sus hijos Rafael y Ángel Terrero, a Vicente Botello, Rafael Sariol, Lorenzo Puebla, Aniceto Rodríguez Lauchares, Agustín Puebla, Eutimio Puebla, Francisco Meriño y otros más cuyos nombres no recuerdo, e hicieron un acto de recordación donde sembraron otro tamarindo, el que está ahí parado ahora, el último tamarindo. ¿Sabe una cosa? Me he puesto a observar y es maravilloso ver cómo niños y mayores lo respetan aunque esté

cargado de frutos. Todo el mundo respeta al indio que hay en él aunque no lo vean. ¡Y bien que se merece el monumento... ¡Qué caray! Si aquí todo el mundo respeta a Hatuey.

No, creo que tenga que ver con la luz de Yara<sup>5</sup> aunque algunos digan que es el espíritu del indio. En honor a la verdad, nunca la he visto y oiga... mire que estamos hablando ahora en 1987 y yo nací el 1907. Un tío me contó que la había visto una noche, cuando venía de la casa de un amigo. Cogió por un trillo del monte, esto aquí era todo monte hasta hace poco como quien dice, y de momento se le apareció delante una bola grande como una palangana de lavar, con una luz que lo dejaba ciego. Tenía un verde intenso y brillante, muy brillante que le penetró por los ojos. Sintió como se le perdía todo, todo... flotaba sin ver nada. Todo desapareció. Cuando recapacité y pudo ver nuevamente, el lugar donde estaba tirado se le hizo familiar. Como era de noche reconoció cuidadosamente el terreno como si fuera un explorador y qué susto no se daría al darse cuenta de que estaba en Jobosí y el camino por donde él venía era el del Coco. ¡Casi un kilómetro! ¿Verdad que eso está raro e interesante? Muchas personas han jurado y rejurado una y mil veces que ellos han visto esa luz. Gente de antes. No sé, a lo mejor..., pero yo, lo que soy yo, en casi ochenta años que tengo... nunca la he visto. ¿Bolas verdes...? las de los semáforos. ¡Vea que cosa! Aunque... aquí siempre ha habido gente muy supersticiosa y religiosa. Los más arraigados fueron los bautistas. Mucha gente visitaba esa iglesia, hasta yo. También había, aparte de esa, una católica y un templo espiritista.

Y ya, vamos a seguir por los tiempos de la colonia, cuando Yara se fue ampliando y extendiendo. Como ya había dicho, aquí se quedaron algunas familias. Al principio el pueblecito estaba formado por tres caballerías de tierra donde se encontraban incluidas las cuadras, la plaza y los ejidos; y aunque la gente seguía mudándose para acá no se consideraba villa.

Aun cuando era un lugar bastante poblado, fue en 1859 que a Yara se le consideró pueblo. En ese año el Licenciado Don Carlos Manuel de Céspedes, él mismo, conjuntamente con Don Baltazar Muñoz y Don Demetrio Francisco Vázquez, donaron, de manera gratuita y sin intereses, siete caballerías de tierra para la expansión del pueblo. Lo sé por los documentos del protocolo del pueblo que me entregaron una vez. También tengo, digo, tenía, porque lo entregué al museo, el decreto estatal donde se declara a Yara como pueblo el 18 de marzo de 1859. El 15 de mayo salió publicada la noticia en el periódico *La Regeneración*, fechado en Bayamo con el número 36 del año IV.

Bueno, le voy a ser sincera... para mí, ahora es que esto tiene cara de pueblo. Antes era un barrio. Ahí están los planos de 1850 y 1859. Vea lo chiquitico que era Yara. Después comenzaron a llegar personas de otros lugares y el pueblo a crecer porque aquí las tierras siempre han sido muy buenas para la siembra y para la crianza y no es lo que le diga yo, fíjese si es así que el mismo Diego Velázquez se lo decía al Rey Fernando el Católico en su carta de relación del primero de abril de 1514.

En 1794 aquí ya había varias familias de color que eran bastante numerosas. Estaban las de Manuel Calixto

Guerra y la de Diego Joseph de Fonseca, dos pardos libres; las de Marcelino Moreno, un criollo esclavo, y la de Juana Bautista de Reyna, una india. Y fíjese usted como creció Yara de rápido que ya en 1831 hicieron un censo en Manzanillo y como Yara era un barrio de ese partido fue censada también ¿y sabe cuánta gente vivía aquí entonces? Nada más y nada menos que 2 672 habitantes entre blancos y libres del color, y 296 esclavos. Y todavía no se consideraba pueblo.

En el plano de 1859 aparecen inclusive los nombres de las calles que existían en Yara. Para que vea, ahí hay una cosa que a mí particularmente no me ha gustado mucho: lo del cambio de nombres a las calles. Hay algunas que sí tenían que sufrir cambios en sus nombres, pero había otras que eran históricas... Estoy de acuerdo con que lleven nombres de nuestros compañeros caídos; pero es que no todas los llevan... bueno, pero a lo que iba, los nombres de las calles de antes. La calle del Rosario hoy es Pablo Huelves; Santa Rita hoy se llama 26 de Julio; San José es Cristino Lastre; la calle Obispo, fíjese igual que en La Habana, esa es ahora Blas Comas; Vargas cambió en Carlos Amengual; Carmen en Emilio Herryman; Príncipe en Camilo Cienfuegos; Isabel II es hoy la Francisco Castillo e Isabel I, Ciro Arias; la calle del Ferrocarril ahora se llama Hermanos Arias; San Gregorio ha sido denominada Hermógenes Acosta; la San Antonio es hoy la Avenida José Martí; San Luis, es Emilio Puebla; San Carlos, Monchi Turtós; San Miguel, Mártires de la Revolución; San Nicolás ha sido nombrada Israel Naranjo; San Francisco es Mariano López y la calle Nazareno es hoy la

calle Revolución. Sí, es verdad... es justo... usted sale a caminar por las calles y se encuentra con la historia y sus héroes; sí... pero la historia nueva, la vieja se borró completamente y eso no debió ser así porque todo es historia... todo es patria...

Yara ha cambiado mucho, mucho... ahora usted ve ese correo elegante que hay frente al parque?... pues bueno, el primer correo y telégrafo que hubo aquí lo pusieron en la casa de Hermógenes Espinosa y Antonia Sariol, allá por los años veinte. Me acuerdo que el telegrafista era Octaviano León. Después fue que Hermógenes aprendió y se hizo cargo del correo. El administrador era Juan Puebla y el mensajero un joven bayamés llamado Juan Rodríguez. Años más tarde en 1925, Raymundo Botello se examinó de telegrafista en La Habana y se hizo cargo. No recuerdo en qué año pusieron el correo donde está ahora.

Muchas cosas de este pueblo las sé por todo lo que he preguntado. Además, me crié aquí. ¡Cómo puedo contar cosas de mi pueblo...! Por ejemplo, mire, buscando una inscripción para mi mamá, me encontré con la del General Masó por pura casualidad en los libros de Manzanillo, pues aquí el registro civil comenzó a funcionar en el año 1884, según abuela en el mes de junio. Antes de esa fecha todas las cuestiones civiles se hacían en la iglesia católica. Por cierto en el patio de esta había un cementerio que abarcaba parte de lo que es ahora la calle Maceo, donde está el chalet. Ahí enterraban a los españoles.

También existía otro por donde está La Playita ahora, cerca de uno de los torreones, que según cuentan, hubo

en aquella época de la colonia: uno al final de la calle San Luis y otro en la finca de los Pérez. Ya en esa época habían 17 calles y 16 ejidos. Hay muchas cosas que se me confunden, pero de otras me acuerdo muy bien, como del señor Julio Tamayo, vendedor de miel de caña; también recuerdo a Ramón Núñez y Francisco Aguilera, únicos soldados con que contaba el cuerpo de bomberos.

¿Usted llegó a ver la bodega que demolieron en la calle que hace esquina con el parque, allí en la acera del cine? pues esa bodega databa de 1902 y su primer dueño se llamó Atilano Romero, y luego ese señor se la vendió a Don Domingo de la Maza, todo eso me lo contó Don Crecencio. Al tumbar esa bodega tumbaron también un pedazo de historia porque esa era una de las casas más antiguas. Sé que el pueblo tiene que cambiar porque todo cambia con el tiempo... y los pueblos crecen. Una va por la calle y ve un mar de niños que van o vienen de las escuelas... eso por ejemplo, también me hace recordar los tiempos pasados cuando aquí sólo había dos escuelas: una para las hembras y otra para los varones.

Hubo una vez una escuela en la calle Isabel II esquina San Luis y otra en Santa Rita esquina San Miguel. Las maestras más viejas así... que yo recuerde... no estoy segura... pero creo que fueron de las primeras, Juana Teresa Pérez y Consuelo... no recuerdo el apellido. Otra que fue buena maestra era la señora Balvina Sariol. ¡Ah! Y en la escuela esa de Balvina trabajaba además, Salustina Benítez como conserje. Salustina se hizo maestra más tarde. Lo que sí le puedo decir sin temor a

equivocarme es que la primera maestra normalista que hubo en este pueblo fue Úrsula Benítez, quien estudió en el Colegio Internacional del Cristo.

En la calle San Carlos esquina San José, donde ahora está el bar que la gente llama “el plan”, hubo una escuela. Esa fue mi primera escuela pública. Ahora le dicen “escuela de idiomas” porque los hombres entran allí hablando español y cuando salen no se sabe qué idioma hablan. Eso es chivadera de la gente por ahí.

Bueno en lo que estábamos... en lo de las escuelas de antes... como aumentaban los niños en el pueblo se abrieron dos aulas frente al parque; una donde vive ahora María Garcés, para los varones y otra de hembras, donde vive Adoración de la Maza Brizuelas. La casa donde ahora vive Almenares, al lado de la Galería de Artes, fue otro colegio en un tiempo y luego pasó a ser la casa de los Matos, sí señor de la familia de Hubert Matos.

El pueblo seguía creciendo y tuvieron que hacer un colegio allí donde vive La Guardia, en la calle San Antonio, digo, José Martí. Años más tarde ya cuando Pérez Espinosa era Ministra de Educación hicieron el centro escolar, que creo que tenía sólo tres aulas. Después de enero del 59 lo ampliaron hasta quedar como es hoy, y le pusieron una directora revolucionaria... Espérese... mandaron a Nilda Lamelas, una muchacha de Manzanillo que después, con el tiempo devino en dirigente del Partido Comunista...no sé si todavía lo será... ¿Dónde estará esa muchacha...? Era tremenda, dinámica y entusiasta en cantidad. Me acuerdo que una vez hicimos un beneficio para la escuela. El tesorero fue Osvaldo Parra. Y como nos salió bien aquello del beneficio inventamos otro más

y entonces compramos los libros para la biblioteca de la escuela... ¡Ay...! ¡Qué tiempo!

Bueno, bueno, bueno, vamos al pasado de nuevo que eso era lo que yo le estaba contando... El pueblo creció rápido; pero urbanísticamente no avanzaba ni un centímetro. Fíjese que la carretera de Yara a Manzanillo, que es un pedacito nada más, se comenzó a construir en 1928 y la vinieron a mal terminar en 1930.

Me acuerdo que aquí había un cine-teatro. ¡Uh! ¡Tremendo caserón! Estaba en la esquina esa de la calle Martí, al lado de la parada de los ómnibus de la Mateo Romás y Yara Arriba. El dueño era Miguel Ángel Lorente y el proyccionista José Aguilera, que la gente le decía Pepe. Pepe era proyccionista y de todo allí, pero luego pasó a ser el secretario del juzgado. Allí se exhibían películas de moda y actuaron compañías famosas como la Fuller. Sí... el pueblo iba cambiando poco a poco y de un momento a otro comenzó a crecer más rápido.

Por eso es bueno que todo eso yo se lo cuente y que si usted puede que lo escriba para que las generaciones que vienen más atrás sepan cómo eran sus antepasados y que a los que somos un poco más viejos y vemos algo no se nos olvide el pasado... eso es bueno que lo sepan todos. Yara tiene que ser importante para todos los cubanos... alguien dijo una vez que recordar es como volver a vivir... y yo diría que es más que eso: es revivir el pasado, para uno y para los demás. Hay personas que dicen que vivo de recuerdos. Tal vez tengan razón en parte. Me gusta mucho recordar, comparar las cosas de antes con las de ahora... soñar un poco... no sé, quizás soy algo romántica.

Mire, recuerdo el “Club Femenil”, una asociación de mujeres como la Federación. Hacíamos cantidad de actividades. El busto de Céspedes que había en el antiguo parque lo compramos nosotras. En el seno del club nació la idea de rendirle un tributo al Padre de la Patria y así fue como, en 1944, le encargamos a uno de los más importantes escultores de la región en aquel tiempo, Fernando Boada, un busto de Céspedes. ¡Nos cobró \$500.00 por el trabajo! ¡Oiga, quinientos pesos en aquella época! Para pagarlo empleamos los fondos de la cotización. Cotizábamos diez centavos mensualmente. Como es lógico, eso no alcanzaba. Entonces empezamos a organizar fiestas de beneficios en el “Círculo Yara”, el club de los blancos, que fue después farmacia y ahora es el museo municipal. Lo fundó Rafael de la Maza Brizuelas en el año 1907.

También hicimos varias tómbolas, algo así como un maratón de ventas de fin de año, de esos que hacen algunas empresas que se pasan el año bobeando y no cumplen el plan; banquetes y otras cosas hasta que logramos recaudar los \$500.00. En esa época se acostumbraba en muchos lugares de Cuba a hacer todo ese tipo de actividades. Fundamentalmente los politiqueros. Ellos decían que para beneficios, campañas electorales y que para esto o lo otro y que pa’aquí y pa’llá y con el cuento y la jarana se embolsillaban unos cuantos pesos siempre. Figúrese... la gente ya estaba erizada con este tipo de cosas... imagínese que casi siempre se largaban los sargentos políticos y los consejales con el mayor bocado. Me acuerdo que en plena campaña del busto iba yo pasando por un lugar y un señor de aquí de Yara,

Pepito Tolosa, comentó: “¡Usted verá cómo se cogen todo ese dinero que dicen que es para un busto!”

No le replique nada de primera instancia porque aquello me dolió. ¡Oiga, porque yo siempre he sido pobre; pero honrada! Cuando me repuse fui hasta donde él estaba: “¡Pepe! --ni Pepito le dije, fíjese-- ¡Vaya a la estación de ferrocarril que ya el busto está allí esperando a que lo recojan!”

Se quedó frío, pobrecito, porque él no era mala gente, pero lo que menos él se imaginaba era que precisamente en esa mañana había llegado el busto y en el momento en que pasaba yo iba para el ferrocarril a recogerlo y llevarlo para el “Círculo Yara”. Por cierto, ahora que hay otro busto en el parque, creo que el viejo debía ser situado en el museo, ya que en ese mismo lugar fue develado el día 14 de marzo de 1944.

El “Club Femenil” hizo más actividades. Fabricamos una casa, dimos bailes, clases de corte y costura y ¡uf! cantidad de cosas más. Fue algo lindo, por eso cuando la Revolución triunfó lo volvimos a reorganizar para apoyarla, hasta que se creó la Federación de Mujeres Cubanas en 1960.

No sé a donde ha ido a parar el busto. Sólo se que se puso en el parque Pérez Andrés, el segundo de aquí. Sí, el segundo. ¡Ah! Eso es otra historia... Aquí han habido tres parques. En mi adolescencia hablaba mucho con los mayores. Herryman me contó que siendo Carlos Bertot el Alcalde de Manzanillo se interesó por hacer aquí un parque de distracciones, o como todo el mundo los llama ahora, parque así a secas. Bueno, pues fue construida la Plaza de Distracción, que denominaron con

el histórico apelativo de “Plaza Hatuey” era un centro de losetas grandes, como las piezas prefabricadas que hacen ahora, y otro cerco más pequeño, de madera, en forma de glorieta, al centro. Allí tocaba la banda de Manzanillo las famosas retretas. Había unos árboles grandes, que si mal no recuerdo eran álamos... muy bonito todo... Lo hicieron al poco tiempo de ser constituida la República y duró hasta que un buen día el señor Gonzalo Pérez Andrés, que se postulaba para representante, ofreció en su campaña hacer uno nuevo. El pueblo casi ni votó por él, pero hizo un parque mucho más bonito que el anterior y todos le llamaban el parque “Pérez Andrés”.

Tenía más áreas para pasear y muchos árboles. Al triunfo de la Revolución lo demolieron no sé por qué... para mí estaba bueno todavía... es más, habían otras cosas más importantes que hacer en aquellos tiempos. Pero bueno, a lo hecho pecho.

Y ahí está el tercer parque de Yara, muy majestuoso. Espero que a nadie se le ocurra desbaratarlo ahora para hacerlo de granito o de mármol. Déjeme decirle que el plano original era para hacerlo de granito y allí donde está la tarima alta esa que tiene, tenían que haber construido unos camerinos y vestidores para los artistas, por eso es que la tarima es tan alta. Resulta que cuando ya estaban hechas las paredes, no sé a quien se le ocurrió venir a rellenar toda aquella plataforma con tierra y ahí mismo los camerinos quedaron en la página ocho. El ingeniero de obras armó tremendo alboroto; pero se quedó así... y ahí está el tercer parque... Aquí las cosas son así, o mejor dicho eran así porque ya en este tiempo con eso de la

rectificación de errores la gente, digo los dirigentes, se cuidan más de hacer barbaridades... sí, cómo que no.

Me dejo llevar por las palabras y la mente me traiciona. Tiene que recordarme lo que estaba diciendo, porque si no se me van las cosas... ¿No ve? ¡Ah sí! Conozco de esa época por boca de mi abuela, mi mamá y Crecencio Maza, quien me contó que en el año 1868 los cubanos quemaron a Yara para que no cayera en las manos de los españoles... y esos son recuerdos que se han transmitido, porque nadie los escribía. También me dijo que en 1895 lo volvieron a quemar, pero esta vez fueron los españoles. En ese entonces había una iglesia, según las historias, que tenía cuatro campanas. Los españoles no le hicieron nada. Se asentaron aquí por un tiempo dada la posición estratégica del lugar e hicieron un fuerte donde aparece la capitanía en el plano del 1850. Estaba más o menos hasta donde está el minsapito<sup>6</sup>.

Las quemas de Yara no son tan sólo recuerdos, no señor, todo eso es una verdad muy dolorosa y desgraciadamente casi olvidada. Mi abuela y mi madre también me hablaron de esos hechos. Decía abuelita que cuando la segunda quema, a ellos les avisaron en la casa de las intenciones que traían los españoles y entonces recogieron las cosas más importantes, comidas, algunas ropas, útiles de cocina y otras cosas; los papeles los enterraron.

Al día siguiente, en la mañana, decidieron salir rumbo a la Sierra Maestra. No todas las familias cogieron el mismo rumbo; algunos se fueron para la zona que es ahora Veguitas. Dicen que ese pueblo se formó así, con

un grupo de yareros que se fueron a vivir allá. Bueno, sí, en lo que estaba... fueron a parar a la desembocadura del Río Nagua y allí se quedaron por tres años. Llevaron pocas cosas: miel de abejas, ropas, dinero y otras boberías. Cuando llegaron allá, abuelo estaba con mucha fiebre. Al otro día cayeron mi mamá y otra hija. Abuelita tuvo que guerrear duro porque lo que tenían era el paludismo. Así estuvieron por siete meses luchando con la enfermedad. Cuando abuelo se sintió recuperado comenzó a sembrar maíz y yuca y así tenían algo. Pero no crea, pasaron buena hambre. Con el maíz y la yuca se pueden hacer muchas comidas, pero hay una cosa, que no siempre es época de maíz y de yuca. Como los montes estaban espesos todavía en aquellos tiempos, no les era difícil encontrarse una jutía. Se las comieron en todas las formas posibles. El café, lo endulzaban con miel de abejas. Cuando faltaba el café, cogían la cáscara, la tostaban, la machacaban y lo colaban como si fuera café de verdad. El día que se les acabó la miel fue el problema. ¿Dónde iban a conseguir azúcar o miel? ¡Oiga! es verdad que la necesidad obliga... ¡Guarapo! Con guarapo, sí señor. A endulzar con guarapo. Nunca he probado eso de café con guarapo, pero decía abuelita que no sabía mal. Al cabo de tres años se acabaron las provisiones y los sembrados mermaron. Decidieron volver a Yara.

Encontraron un cuadro horrible a pesar de los años transcurridos; pocas casas sobrevivieron a la quema, sólo las más fuertes y sólidas. Un chino que vivía con ellos y que no quiso irse para las lomas cuando el éxodo, fue asesinado por los españoles e incinerado junto

con un perro que él tenía; de la casa de abuelita no había quedado nada, y lo más grande... el pozo de brocal que servía de marca para saber dónde habían enterrado las cosas para cuando volviesen lo habían también tumbado y segado. Las grandes inundaciones y los aguaceros que frecuentemente visitaban a Yara en tiempo de primavera se encargaron de hacer el resto del trabajo. Poco a poco la gente comenzó a regresar y Yara a repoblarse nuevamente.

Tuvieron que enfrentarse a la cruda realidad de tener que rehacer lo suyo. Lo único que quedó vivo en materia de construcción fue una parte de la iglesia donde estaba el altar y la cocina de tejas de lo que fue la casa del señor David Benítez. El altar y una parte del campanario de la iglesia pudieron sobrevivir a la catástrofe porque estaban hechos de mármol. Hasta hace poco guardé unos ladrillos de esa iglesia; ahora los doné al museo. Los recogió y guardó mi abuelita, quien se los dio a mi mamá y ésta última a mí. Cada uno pesa aproximadamente unas 17 libras. Cuentan que para derrumbar todo eso se pasaron casi un mes dándole mandarrias.

En pleno gobierno revolucionario, al principio, allá por los primeros meses, los carpinteros Emilio Turtós Oliva y su hijo Pedro Juan comenzaron a hacer unas excavaciones para hacer una casa donde vivía la familia Raga y encontraron , en una grieta que estaba semi-cerrada, una campana fundida en 1850. En el plano de ese año, el museo Bacardí tiene el original, aparecen sólo doce casas. El protocolo coincidía exactamente con lo que tenía el plano

Abuelita me contaba que aquí hubo casas grandes, hasta de tres pisos, antes de la quema. Casas muy hermosas construidas totalmente con maderas de la Sierra. Pero bueno... nada de eso quedó para contar la historia... y la historia no dice nada... aunque, bueno, en verdad de esas cosas muy poco se ha hablado o escrito... Además me enseñó muchas cosas sobre la guerra. Ella era muy patriota. Contaba que Bartolomé Masó era su pariente. Nunca me interesé por investigar eso. Pero en cuanto a su amor a la Patria no dejaba dudas, a lo mejor ese era el parentesco. Hasta estuvo presa por cooperante cuando la Guerra de los Diez Años.

Para mí la historia siempre ha sido algo muy importante, quizás porque siempre me lo inculcaron. Desde jovencita leía la prensa. Creo que había; unos diarios que se llamaban *El País* y *La Política Cómica*. Para esa época ya mis tíos hablaban de Mella; por eso me identifiqué tanto con él y sentí tanto su muerte. En casa también se hablaba mucho de Enrique José Varona, Eduardo Hernández y Villena, que murió jovencito, en 1934.

A medida que leía y me enteraba de las cosas de mi país me estaba haciendo revolucionaria sin saberlo. En mi casa se había deseminado un aroma de patriotismo... y ese aroma se me fue impregnando en la piel de tal manera que se me prendió en el corazón también. Nunca me ha gustado ver una injusticia. Así era mi familia, hasta mi mamá. Ella tenía otro modo de ver la vida. Quería el bien para todos y adoraba la libertad, pero no luchaba fuerte porque era muy religiosa.

Los religiosos tienen esos conceptos. A mí me inculcaron todas esas ideas desde chiquita. Iba todos los días a la iglesia bautista. Llegué a ser Rebeca<sup>7</sup> de la logia una vez. Después fui cambiando de ideas y mi fe comenzó a tomar otros derroteros. Comencé a tener fe en la libertad de Cuba y en los hombres y mujeres del mundo. Esa fe y ese amor fueron creciendo conmigo desde la cuna.

Mamá cantaba una canción que hablaba de España, “La marianita”, que decía:

Marianita salió de Granada  
a su encuentro sale un militar  
y le dice Doña Marianita  
hay peligro vuelve para atrás  
Marianita fue para la casa  
y solita se puso a pensar  
si Pedroso me viese bordando  
la bandera de la libertad  
¡Oh! Pedroso tú has sido inconstante  
Oh: Pedroso tú has sido ideal  
que el registro que en mi casa ha habido  
grandes pruebas de ello me dan  
Marianita la llevan a la cárcel  
y la tratan con mucho rigor  
le presentan sus hijos delante  
a ver si algo podían conseguir  
y contenta la noble y constante  
no declaró y prefirió morir  
Marianita va para el cadalzo  
y sus hijos llorándola van

hijos míos coged vuestro rumbo  
que vuestra madre la van a matar”.

Mamá tenía buenos ideales y buenas iniciativas. Ella fue de las organizadoras de las primeras Navidades Blancas celebradas en Yara, en 1933. Junto a otras mujeres de la iglesia salieron y le pidieron ayuda a comerciantes, amistades, a la Sociedad Femenil y a otras personas acomodadas. Entonces compraron ropas, ah, y aceptaron ropas de uso también, para vestir a los niños pobres. Así era mamá. Esa era su forma de luchar. Siempre haciendo cosas que aliviaran en algo la situación, pero bueno... mire usted, otra cosa fue la organización de canastillas, igual que se hace ahora para los días 8 de marzo y a veces para el día de los CDR. Una vez me acuerdo que nació una niña el día de navidad y se ganó la canastilla. Por supuesto, no era mucha cosa la que se daba... imagínese, la situación que había... la canastilla era chiquita, pero resolvía. La niña que se la ganó, hoy es tremenda cocinera. Trabaja en la casa materna. Se llama Lidia Esther Cañete.

Mi tía me contó que la primera vez que se hizo una celebración grande del Día de la Madres aquí en Yara, fue en el año 1927 y lo organizó mamá. El acto fue muy bonito. Le regalaron un ramo de flores a la más anciana de las presentes y otro a la más joven, que fueron Adelaida Salgado y Aida Espinosa, respectivamente. Mamá habló unas palabras y luego cantaron canciones e himnos religiosos dedicados a las madres. Todo aquel que tuviese la madre viva tenía que llevar una flor roja en el lado izquierdo del pecho y si era muerta la tenía que llevar blanca.

A mamá le gustaba ver la gente contenta. Soy igual a ella. Era entusiasta y conversadora. Igualita que abuela. Ella fue la que me enseñó el “Credo Mambí”. Mucho tiempo después, cuando ya yo era vieja fue que se me ocurrió copiarlo, no me acordaba. Se lo dije a mamá que entonces tenía 93 años y me dijo “Siéntate que te lo voy a dictar”. ¡Se lo había aprendido cuando tenía doce años! “Mija, lo que bien se aprende no se olvida”, contestó. “Y para que sepas, eso no se llama así como tú dices. Su nombre es “El Credo Cubano” y me lo aprendí releuyéndolo en un ejemplar del *Cubano Libre* que guardaba con mucho celo Melchor Pérez, mi primo, insurrecto en las fuerzas de Amador Guerra”.

Creo en Cuba todo poderosa  
creadora de patria y libertad  
y en su única hija  
la República redentora  
que nació en Oriente  
y padeció en Oriente  
cuando la Paz del Zanjón  
luego crucificada  
por los tiranos y autonomistas  
abogados nuestros.  
En occidente subió al Sibanicú  
y está redentora a la diestra del inmortal Agramonte.  
Desde allí ha de venir con Sánchez, Gómez y Roloff a  
juzgar a los vivos y a los muertos.  
Creo en la fiebre amarilla  
en el machete libertador  
y en la dinamita  
y en cuanto ordena y manda

el presidente de la República.  
Amén Jesús Rabí.

Me contó que en ese mismo periódico se hablaba sobre Maceo y... pero ahí se quedó y cambió de tema... Ya eran 93 años. Ese día le toqué la vena patriótica y me hizo copiar el “Himno de Bayamo” con todas sus estrofas, tal y como están en la estatua del parque de Bayamo. Después me dijo unos versos:

Una estatua al General Maceo  
que los cubanos debemos levantar  
vestidos de perlas y diamantes  
que ni el sol la pueda apagar.

\* \* \*

Más pedir que la unión de los cubanos  
que mil veces español sería  
antes que una vez americano”

Eran versos de su época de niña, lástima que tuvo poca escuela. La enseñó a leer una señora que hacía de maestra aquí en Yara por aquellos tiempos. Digo hacía porque el único maestro de verdad con título y todo era Manuel Papayo. La que enseñó a mamá se llamaba Teresa Pérez. Con permiso del gobierno se podían abrir escuelitas particulares. Abuelito abrió una y puso a Teresa Pérez de maestra. El viejo compró los libros para sus hijos, porque entonces se empezaba por la cartilla. Al Triunfo de la Revolución, la quitaron. ¡No digo yo! Si con los nuevos métodos de enseñar a leer los muchachos

llegan a la casa, a los pocos días de ir a la escuela, y de un jalón te sueltan un poco de palabras.

Antes se empezaba con el Cristo, a, be, ce, de... ¡Pum! Un reglazo por equivocarte... qué cosas, caballeros. Ahora si el maestro le pega a un muchacho los padres se lo comen, los botan del trabajo o les hacen juicios. Hay muchachos que son incorregibles, porque vienen con muy malos hábitos de su casa. Pero bueno, yo no voy a arreglar eso porque en realidad no sé nada de escuelas. ¿Por qué usted no escribe un libro sobre eso? Mira ahí tiene un buen tema. Proponga que le enseñen a los muchachos la asignatura de Urbanidad igual que se hacía antes. Antes también se enseñaba Lógica y Ética. Había un libro que tenía manuscritos, o mejor dicho, cómo hacerlos. En primer lugar venían las cartas. Habían cartas de padres a hijos, de hijos a padres, y a familiares o a amistades. También venían cosas sobre el matrimonio y hasta cómo debía uno hacer un testamento... ¡Vea usted, un testamento! Como si uno hubiera tenido qué testar; como no fuera el hambre y la miseria... le cuento todas estas cosas porque las encuentro interesantes y me parece que se deben conocer.

Mire, mientras le hablaba me han venido a la mente varias veces las fiestas de San José y he pensado en hablar pero después se me va, por eso ahora, antes de que se me vuelva a olvidar, le voy a decir algo. Siempre me he interesado por el origen de esas fiestas, porque bueno, si los españoles fueron los que trajeron los santos a Cuba y después le pusieron San Salvador a este pueblecito, lo que debíamos celebrar no es precisamente el San José.

Luis Germán Sariol, concejal allá por los años cincuenta, dice que las fiestas por el San José comenzaron a hacerse grandes por la familia Cañizares, devotos al santo. Esa era una familia muy antigua de Yara. Bueno, pero esto no es más que una idea suya. Los que saben la verdad ya no están entre los vivos. Lo que sí puedo decirle es que eran tremendas fiestonas.

¿Sabe usted una cosa? Hace unos años, a raíz de fundarse el museo municipal, fui con un matrimonio amigo mío de La Habana y el director, en su explicación, plantea que con la revolución había llegado a Yara la cultura. Me quedé callada y pensando en las fiestas de San José, que duraban cinco días, como un carnaval a donde asistía gente de otros lugares, hasta de Bayamo. Venían representantes y senadores. Bajaban todos los amantes de las peleas de gallos. Se ponían unas mesas grandes con tapetes verdes donde se jugaba el “montidao”, no sé si esta palabra está correcta. Otra atracción era el montaje del espectáculo Havana Park. Eso era como unos caballitos; traían estrella giratoria, aviones del amor, retruques, unos carritos chiquiticos que chocaban constantemente y la gente se reía en cantidad, traían los caballitos o carrusel, que, por supuesto, no podía faltar. Con esa gente venía siempre una cartomántica que te anunciaba el futuro y eso... todo era muy divertido. En los cinco días siempre se daban varios bailes en los clubes. Porque aparte del Club de los Blancos, que estuvo donde es hoy el museo y después lo hicieron donde está ahora el restaurante “Danubio”, estaba también el club o sociedad de la gente del color. Ese estuvo primero donde está ahora la Casa Municipal, de ahí lo pasaron para

una casa en que estaba, está hoy el Banco Popular de Ahorro y por último fue a parar a donde están ahora las oficinas de comercio. El club de la gente del color se llamaba “Sociedad Antonio Maceo”. Entre los dos clubes había cierto rechazo. Aunque aquí sólo había una familia grande del color. Los otros que venían al club eran casi siempre de zonas adyacentes: de Bayamo, Manzanillo y otros lugares... Bueno, el caso es que en el San José todos esos clubes hacían tremendos bailes. En la plaza se hacía un baile de carácter popular a donde iba todo el mundo mezclado, hasta los jabaos, porque a esos no los querían los blancos porque tenían pasas y los del color los rechazaban por tener el pellejo blanco. Aunque los del color sí los dejaban entrar a veces. ¡Pobres jabaos!

A la plaza vinieron orquestas importantísimas de aquella época, ahora, lo más sobresaliente de todas aquellas fiestas eran las procesiones, que consistían en sacar al santo de la iglesia y cargarlo en andas por las calles, llevarlo al río y después regresarlo a su altar. La gente pedía que lloviera y esas cosas así. Una vez hubo tremenda sequía, la iglesia organizó una para pedir que lloviera. Oiga, lo que sí le puedo decir es que cada 19 de marzo caían tremendos aguaceros.

Las calles se adornaban con flores. Se vendían panetelas, dulces, suspiros, matahambres, rosquitas y otras golosinas más. La gente se ponía a cantar, a tocar guitarras acompañados de un tres, un acordeón, una filarmónica, unas maracas y un bongó. Siempre llevaban un porrón de barro y a cada rato se empinaban. Me parece que eso no era agua.

En las fiestas de San José también se hacían unas carreras a caballo que les llamaban “ganarse la guasa”. Las guasas eran unas bolas de queso blanco grandotas que venían envueltas en yaguas frescas. Ahora que me acuerdo, cuando era chiquita, trajeron a un San José unos caballitos de palo tiesísimos y un aparato que le decían la “ola marina”. En ese artefacto uno se mareaba y hasta vomitaba... era tremendo... También se hacían tómbolas donde los artesanos vendían sus obras. Oiga, esto era un hervidero en esos días.

Aquí en Yara también se hicieron las fiestas del arroz. Las que más recuerdo son las de 1925 y 1951. En ellas se elegía a una reina. La vestían completamente de amarillo y con un ramo de espigas de arroz en la mano. Los certámenes se hacían por simpatía, aunque resultaba ser una muchacha bien agradecida. En el primero salió electa Juana Terrero Socarrás. Se hizo en el segundo local que ocupó el “Círculo Yara”.

El día que eligieron a Juana como Reina del Arroz, su padre, que trabajaba como médico aquí y en Manzanillo, se paseó con ella por las calles de Yara con el primer automóvil que hubo en este pueblo. Después no sé ni que se hizo el carro, porque el viejo se fue para los Estados Unidos por allá por los años 50.

En 1954 hubo otro certamen y la reina entonces fue Alicia Pérez y las primeras damas fueron Elsy Chávez y Margot Botello Sánchez. Oiga, y dígame ahora usted de corazón: ¿Todo eso no es cultura?. No tengo nada en contra del director del museo, a quien aprecio joven inteligente, emprendedor y muy revolucionario...

Otra fiesta eran las verbenas: un carnaval chiquito. La primera que se hizo fue... siendo Decoroso Puebla el alcalde. Él era un hombre muy dinámico y respetado en el pueblo. Los católicos ya venían con la idea porque la cantidad de fondos que se recaudaban era tremenda. Pero la señora Concepción Chávez, Conchita, practicaba el espiritismo de mesa y quería hacer un templo. Decoroso se adelantó a los católicos y le propuso a Conchita la organización de la verbena. Ella fue la presidenta de la comisión de festejos; María Pérez, la esposa del secretario del juzgado, la vice y le seguía Isabel Román, una mujer de extraordinaria belleza criolla. En la reunión de la comisión acordaron que a la muchacha que más dinero acumulara en las alcancías para recoger el dinero del templo, se le daría un premio consistente en un banquete y un soneto que le dedicaría un poeta, y que sería publicado en la revista *Cultura*, patrocinada por Galileo Antúnez e impresa en Manzanillo. ¡Vea! Enseguida se brindaron un grupo de jovencitas, que por cierto, muchas de ellas ni religiosas eran.

Las muchachas de las alcancías se situaban en el parque para llamar la atención de los jóvenes que pasaban. Les ponían un sellito en la solapa, o en el ojal si no traían traje, y luego les concedían una pieza. A cambio los jóvenes les echaban en las alcancías lo que pedían. La suma mínima estipulada era de diez centavos. Todas iban vestidas de forma muy llamativa: un vestido blanco de organdís, bien largo, como era la usanza criolla entonces, con unos vuelos azules muy vistosos y grandes pamelas del mismo color del vestido.

Por las noches se entregaban los jarros alcancías a la comisión. Las muchachas estaban muy entusiasmadas, imagínese... eso era una novedad. Y al fin llegó el día de hacer el recuento del dinero recogido. Se reunió la comisión... empezó el conteo... ¡Llegó el veredicto! ¡La ganadora! ¡Celeste Herryman! Me dio mucha alegría porque siempre hemos sido amigas de verdad. Recaudó más porque el padre le ayudó en algo. No, él no le dio dinero. Es que era un hombre muy liberal. Se llevó a Celeste para la valla de gallos, cosa que era vista con malos ojos en ese tiempo: ¡Una señorita en una valla! Como a ese lugar iban los grandes magnates, los senadores, los consejales y todos los “cocotuces”, en vez de darle centavos le daban pesos. Y bueno, ya usted sabe el resultado. Le dieron un banquete a Celeste y publicaron el soneto también. Lo escribió un joven llamado Ángel Figueredo.

Así era Yara... fiestas, fiestas y fiestas por un lado y por el otro hambre y miseria, mucha miseria...

<sup>5</sup> Fenómeno luminoso referido por la tradición popular, endémico del territorio.

<sup>6</sup> Apelativo popular con que se conoce la Dirección Municipal del MINSAP.

<sup>7</sup> Rebeca

## Tiempos de lucha

La verdad es que el año 1950 fue muy importante en mi vida: por primera vez tuve un trabajo fijo. Comencé en la farmacia del Dr. Ramiro Espinosa, donde también había algo de quincalla digo yo, porque allí lo mismo se vendían medicinas que perfumes. ¡Y los había carísimos! Al principio ganaba muy poco dinero, sólo \$15.00 mensuales. A medida que las ventas fueron aumentando mi sueldo también subió y así llegué a ganar \$ 34.00. Al principio se vendían de \$ 2.00 a \$ 3.00 en el día porque la gente no tenía mucha costumbre de farmacia y eso, lo fundamental eran los remedios de yerbas. Al cabo de unos meses ya se vendían \$ 10.00 diarios como mínimo.

La farmacia comenzó en casa de Espinosa y después en un localcito de una puerta, allí donde está ahora la Empresa Eléctrica, en la calle Martí y al poco tiempo ya eran dos puertas y un almacén. ¡Oiga! ¡Y cuando abrí los ojos ya abarcaba como tres puertas. ¡Había caminado como siete metros ó más! En el tiempo que trabajé allí aprendí a inyectar, a leer recetas, a preparar fórmulas y perfumes y veinte cosas más... pero allí pasó algo lindo para mí... ¡Muy lindo! Allí nos reunimos una noche un grupo de los que veníamos trabajando clandestinamente para la Revolución. ¡Ay, Negro, y me metí al grupo o célula del M-26-7 de Yara.

El jefe era Daniel Motolá Herryman (Pito) y estaban también Pedro Telarroja García y Rolando Aguilera Vega y otros. Escogieron ese día este lugar, porque allí casi siempre permanecía yo sola por las noches.

Se trabajaba normal por el día y siempre sin mucha gente. Había un horario de siete a diez de la en días alternos pero casi nadie iba a esa hora. Tenía que ser alguien bien necesitado. Previendo esa posibilidad fue que decidimos, en casa de Celeste Herryman, la madre de Pito Motolá, hacer las reuniones en la farmacia, en los días que yo trabajara de noche. Hasta que los dueños se enteraron. El Dr. Espinosa era del cará... fíjese usted que cuando se enteró que inyectaba gente en sus casas por diez centavos, me lo prohibió. No sé cómo se enteró de todos los trajines de nosotros. Debe haber sido porque ya el grupo iba creciendo y siempre hay alguna indiscreción.

Al principio éramos pocos en cada encuentro. Motolá daba las orientaciones para hacer propaganda. Yo vendía el periódico "La Calle", boletines y bonos del 26 de Julio. Por cierto, un día vendí uno a un ex-guardia de Batista y después estaba que me desmayaba del miedo, pero no, no pasó nada. Las actividades de nosotros eran más cada día y así mismo crecía el grupo. Eso sí, los primeros en unirse están en mí mente: Ramón Turtó Figueroa, Delsa Puebla Viltres, Aeropágito Montero, Miguel Pérez Sariol y ¡bueno! Si sigo la lista va a ser bien larga porque éramos unos cuantos. De ellos muchos murieron, otros fueron para la Sierra y algunos traicionaron después del triunfo. Pensaban que esto era "otra cosa ". Una mañana, en

1956, llegó a la farmacia tempranito y el Dr. Espinosa conversaba con Paquito Sutil en el frente. Me estaba esperando, él nunca había hecho tal cosa. Cuando lo vi pensé: “Voy a aprovechar para pedirle un aumento”. Llegué, le di los buenos días y a boca’e jarro le solté que me hacía falta subir algo el sueldo hasta llegar a \$ 40.00, por la necesidad que tenía. El hombre casi no me dejó terminar, ahí mismo me dijo: “La estaba esperando. Queda despedida a partir de ahora. Usted me ha estado robando en el negocio”. Me quedé fría. El corazón se me apretó y no podía ni hablar. Paquito se quedó serio.

Al lado de la farmacia vivía Panchita Casal y cuando ella, que estaba en el patio lavando, oyó aquello dejó lo que estaba haciendo y se quedó mirándonos. La rabia y el dolor me oprimían la garganta hasta que al fin estallé en un llanto fuerte. Panchita caminó hasta el costado de la farmacia mientras se secaba las manos en el delantal. El Dr. Espinosa continuaba rígido y mirando a diferentes lugares. No le quitaba los ojos de encima. Entonces Panchita le dijo. “Oiga, Ramiro, yo lo sé todo y para botar a una persona honrada del trabajo no se inventan tales cosas”. Él caminó hasta el mostrador mientras Paquito decía que era de verdad. Espinosa tomó un papel. Ya me encontraba más serena. Me lo alargó y dijo; “Mire, es un recibo por \$ 168.00, el sueldo de lo que iba a ganar en 3 meses”. Me turbé y lo firmé. El sabía que me botaba por revolucionaria y no por ladrona. Nunca me he cogido ni un alfiler.

Así fue como trabajé entonces cuatro meses en Veguitas, en la farmacia de César Frutos y, cuando pasó ese tiempo, tuve que volver a lo de antes: las costuras

y las ventas ambulantes. Tenía que ayudar a los demás. Me ví en la calle, desempleada, gracias al miedo y al egoísmo del Dr. Espinosa... Sí se llega a enterar que allí en su farmacia inyecté y curé a aquel muchacho... Era un joven de Cárdenas, creo. Había participado en el asalto al cuartel de Bayamo y pudo escapar, pero Mundo Botello, trabajador de Correo y Telégrafos aquí en Yara, lo trajo con las heridas infectadas. Le propuse: “Ven a inyectarte cuando no haya nadie por aquí... Manda siempre a alguien delante para que se cerciore”. Y tuvo tanta suerte las tres veces que vino a ponerse las tres penicilinas cuando no había nadie. Más nunca supe de él, ni dónde se escondía; de esas cosas no se hablaba. Mi misión era curarlo y la cumplí.

Las misiones se hacían cada vez más duras y difíciles, pero se cumplían; porque había una causa primero que todo. Un día vino Frank País con un compañero de Santiago de Cuba. Pito Motolá y Pedro Telarroja me avisaron. Fuimos a Manzanillo y frente a la Jefatura dimos un mitin relámpago. En aquel entonces Gloria Cuadras trabajaba en la propaganda y como eran los inicios, mucha gente opositora no se daba cuenta de que nuestro movimiento iba echando raíces como las del marabú.

En el trabajo clandestino pasaban cosas inesperadas. Una vez fui a la tiendecita de la colaboradora Elsa Castro, con un bulto de cigarros, jabones, pasta de dientes y otras cosas más y estaban allí varios guardias comprando rollos y camaritas fotográficas.

En otra ocasión fui a ver a Consuelito Masó, que trabajaba en la zona fiscal de Manzanillo, y en eso entra

un joven alto mientras yo hablaba: “Consuelito, anoche estuve oyendo que estuviste en el avión de Santiago de Cuba que fue desviado y los hicieron aterrizar cerca de la Sierra Maestra”. Ella sólo respondió el saludo y el joven se quedó mirándome fijamente. Vi algo raro y como ella estaba por cerrar cogí y salí. Después me contó que cuando me fui el hombre le dijo: “Lo que es la vida, sin saber las cosas esa señora la defendió”. Había ido a detenerla por una denuncia que habían hecho donde decían todo lo contrario a lo que yo había dicho. Sabe dios que le habrían informado.

Me denunciaron dos veces, una en el 1957 y en la otra me metieron presa, en el 1958. Siempre las denuncias salieron de una mujer que los esbirros pagaban. Mejor ni recordar su nombre. Muchos compañeros del movimiento estuvieron hasta diez veces detenidos, quien quita que fuera por ella.

La primera ya estaba un poco alerta porque un ex-guardia rural que trabajaba de cocinero en el cuartel y que era simpatizante del movimiento me llamó un día frente a una madre selva que había allí, donde están las oficinas de la UJC ahora y me avisó.

El jefe del puesto, Pino Santos, era nuevo en Yara y salió a hacer verificaciones sobre mí. Investigó con los comerciantes y otras personas importantes del pueblo. Se hizo amigo de un joven y le confesó que registraría la casa de todos modos, pero pensaba que todo era inquina personal. Tres días antes del registro el joven se lo dijo a mi tía Rosario Pérez, donde yo vivía. Enseguida quemamos los periódicos *La Calle*, y las demás cosas las enterramos en pomos. Un soldado de apellido Más

fue al frente del registro y los registradores nos dejaron la casa que parecía un nido de gallina.

Aquellos tiempos eran difíciles; pero había que luchar. Nunca vi a ninguno de mis compañeros amilanado. Cuando uno lucha por un ideal saca fuerzas y coraje hasta de donde no hay. En la vida sólo hay cuatro cosas que me ablandan y me ponen mal; recordar a mi madre y hermanos, las calumnias que me han levantado, ver que mi pueblo y Fidel sufran por algo y recordar a mis compañeros caídos. Los caídos siempre me ponen triste y nostálgica.

Hago recuentos de ellos y recuerdo a Reynerio Almaguer. Lo desaparecieron la noche del 20 de junio de 1957. Ese día cumplimos una misión en el carro que él trabajaba, una camioneta para la venta de café “Turquino” de Holguín. Salimos de la casa de Regina Sánchez González y me dejó en la de Celeste Herryman, de ahí a la de Luis Comas y luego salió para Bayamo, de donde debía partir hacia Holguín. Al día siguiente nos enteramos de la noticia fatal: habían encontrado el carro con todo en la carretera, menos a él.

También recuerdo a los hermanos Arias. Los mataron el 11 de noviembre del 1957, lo mismo que a Ranulfo Leyva. Ese día habíamos salido de La Comercial Tony Arias, Gustavo Remón y yo. Tony retrocedió para la comercial, Gustavo siguió a coger la plazoleta donde están ahora los edificios de la Avenida Martí y yo seguí para el carro a depositar una correspondencia y de ahí fui a casa de mi hermana Felina. Ella vivía sola porque ya mi cuñado Aeropágito Montero se había ido para la Sierra. Estábamos las dos en la casa cuando en eso sentimos un tiroteo, una máquina a velocidad, un caballo muy ligero y

mucho ruido. Todo eso fue como a las ocho de la noche. A la mañana siguiente los comentarios: cayó Tony.

A Carlos Amengual (Cuco) también lo vi partir. Cuando fue para la Sierra todavía tenía las piernas enfermas de una infección que había cogido en las arroceras. Salió de la casa de Felina mi hermana, se unió a la columna del Che y perdió la vida en Santa Clara.

Duele recordar a los caídos cuando uno ve realizadas las cosas por las que ellos lucharon, pero también me siento orgullosa de todos ellos... Cuco, Tony, Herryman, Emilio... A Emilio se lo llevó uno que había sido amigo de él en la infancia, Juventino Sutil, él mismo. De muchacho ellos se decían los mochos. Dicen quienes lo vieron que Juventino llegó en un yipi y lo llamó. Entonces mi hermano le dijo: “¿Mochos, qué quieres?” y él respondió: “Sube que no te conozco”. Se lo llevó en el asiento de atrás y lo desapareció.

La cosa cada día se ponía más difícil en el pueblo. La lucha comenzó a encenderse en el llano. Muchos compañeros se “quemaban” y tenían, debían irse para La Sierra. Algunos subían por otros motivos; pero había que ir recomendado.

El día 23 de marzo de 1957 subieron Delsa (Teté) Puebla y Ramón (Monchy) Turtós. Unos días más tarde salió el que era entonces mi cuñado, Aeropágito Montero. La gente le decía Pajito... ¡Espérese... creo... ¡Ah sí! Antes de Pajito se fue Langué Pérez y en abril, fue Hermógenes Acosta (Papi), que estuvo todo el día en casa de Felina. Salió por Bayamo porque iba a una misión y allá lo detuvieron y lo soltaron. Al poco tiempo lo volvieron a coger, lo mataron y lo enterraron en el cementerio de Bayamo.

Mongo Pérez y Máximo González fueron de los que tuvieron que perderse porque pusieron la bomba en el puente de Estrada Palma (hoy Bartolomé Masó) y el jefe del correo, Israel Botello, pariente mío viene y me dice que hay orden de detenerlos vivos ó muertos. Salí a buscarlos enseguida.

Y no solo hablo de los hombres. En la labor clandestina habían muchas mujeres incorporadas. Dora del Carmen Vázquez Socarrás hacía brazaletes y uniformes del M-26-7 junto a Julia Fajardo y tengo entendido que Dora también ayudó al Dr. Vallejo a curar enfermos.

Una compañera muy valiosa es Amada de la Paz Olivera quien trabajó directamente con Emilio Puebla, mi hermano desaparecido. Los brazaletes que Amada hacía se los entregaba a Laurentino Guevara. Él a su vez se los hacía llegar a Braulio Coroneaux, el héroe de las lomas de Guisa.

Amada confeccionó la bandera del M-26-7 de tres o cuatro metros de largo, no recuerdo bien, que amaneció un día en la tumba de Emilio Herryman. Después del Triunfo de la Revolución vino Pascual Baldoquín y se llevó la bandera porque Celia la había mandado a buscar no sé si para el Museo Nacional o para el de la Revolución. En uno de ellos está.

Otra compañera que se arriesgó bastante fue Angelina Ramos. Ella recibía jóvenes de La Habana que eran enviados por su sobrina Eligia Ramos. La bomba que pusieron en el ferrocarril... esa bomba... la tuvo Angelina escondida en su casa.

Había muchas mujeres; unas cuantas estábamos incorporadas al movimiento y otras colaboradoras; pero el

caso es que estábamos ayudando a hacer la Revolución. Seguimos trabajando duro y evitando líos, saliendo de aprietos hasta que al fin dieron otro chivatazo y de ese sí que no me salvé. Nadie pudo avisarme ni protegerme esa vez. Así fue como pude estar de paso por el infierno.

Cuando me llevaron presa no fui sola. También se llevaron otra compañera mía: Georgina Barbán Mustelier. Ese día me sentía bastante bien, aunque ya estaba padeciendo de descenso en el colon y eso me causaba muchos trastornos... Acababa de pasar una tremenda crisis. Lo único que había tomado eran las medicinas y un vaso de agua. Cuando llegamos en el yipi a Manzanillo nos llevaron para la capitanía y yo oía a alguna gente cuando comentaban “Miren, se llevan presa a Amelia, la de los seguros, presa”... Al llegar al cuartel se acerca el verdugo Chipoyo y nos dice: “Vamos a la cocina para que coman algo porque ustedes no se imaginan lo que les espera”. Cuando llegamos a la cocina al cocinero se le aguaron los ojos al vernos. Tomé una taza de café. Gina no comió nada. Al Chipoyo le dieron un bistec que se salía del plato. Después me pasaron para un despacho chiquito donde estaban amontonados los muy conocidos Cinco Fieras y un Comandante. Empezaron a preguntar si iba a La Sierra a menudo; si lavaba ropa de los rebeldes; por qué el Dr. no sé quien decía que yo iba a La Sierra; que si esto, que si lo otro, y ya me tenían ronca de hablar cosas, pero como lo que yo hablaba no era lo que ellos querían escuchar me trasladaron de ahí para la estación de policía, que la gente también le decía la jefatura. Me llevaron las Cinco Fieras: Ojos Bellos, El Jiquí, Chipoyo, Santana y Molina.

Llegamos. Uno de ellos me empujó y me fui de bruces contra el Comandante Cecilio Fernández, que como un resorte se movió hacia un lado y me cogió por el cuello con una sola mano; metió mi cabeza entre su cuerpo y el brazo derecho, y comenzó a prensarme de ese modo. De repente me soltó y me dio tremendo empujón... Fui a caer donde estaban las fieras. Habían observado atentamente cuanto acababa de hacer su maestro de torturas. Eran peores.

El Jiqui fue el primero en pegarme un golpe fortísimo en la cervical con el canto de la mano. Entonces el Chipoyo comenzó a golpearme por la parte del páncreas y seguidamente me vino encima toda aquella nube de víboras dando piñazos y patadas por todos lados. Un látigo caía sobre mi rostro, mis espaldas, mi pecho y por todas las partes de mi cuerpo constantemente. Sentía como me halaban el pelo y me arrastraban por aquel piso corrugado y frío; cuando casi no podía moverme dejaron de pegarme por unos instantes y ahí fue cuando hice un esfuerzo, levanté la cabeza y dije: “Los perdono, porque a ustedes los mandan”. Ojos Bellos se puso frenético. Cerró el puño y lo descargó una y otra vez por donde me agarrara y en una de esas me dio tremendo golpe por el tórax. ¡Tremendo piñazo! Sentí una punzada que me acalambro todo el cuerpo. Me faltó el aire y los ojos por poco se me saltan. Me partió el esternón. El tórax se me quedó hundido ya de por vida. Ese era el más salvaje de aquellas fieras. Viendo que yo no podía hacer nada, ni moverme... y que estaba completamente desfallecida me cogió por el pelo y me levantó un poco para dejarme caer bruscamente y comenzar a machacarme esta oreja hasta

que me la partió y comencé a sangrar, por poco la pierdo. Entonces me fracturó la mano derecha. Ya casi no sentía dolor físico, pues era tanto y por tantos lugares que lo iba perdiendo. De pronto el látigo estalló nuevamente en mi rostro y en esta ocasión me partió el pómulos derecho, como hice una señal de dolor siguieron dándome latigazos por la cara y así me dañaron el ojo derecho por un nervio que me partieron en la frente. A cada golpe que daban, más cerraba yo la boca y eso les fastidiaba. Por fin perdí el conocimiento.

No sé por qué tiempo estaría allí así en esa situación. Inconsciente... Me moví y me sentía algo pesada. Abrí los ojos con dificultad y me percaté de lo que pasaba, era que tenía tremenda bota apoyada sobre el estómago. Todos estaban allí mirándome. Comenzaron a ofenderme con palabras obscenas y a decir barbaridades de mí y de mi pobre madre... yo que era señorita... y soltera... me siguieron diciendo cosas hasta que uno, no sé ni cual sería, se acercó bastante y dijo: "Ya que eres tan valiente, levántate y siéntate en aquel banco donde está tú amiguita". Se rieron a coro. Al ver que no me movía, Ojos Bellos me levantó por el pelo a la vez que sus colegas me daban patadas por la vejiga y por las nalgas. Este hueso que me sobresale en la cadera, este otro de la espalda, este hueso en la cabeza y este brazo torcido son recuerdos que ellos me dejaron. Ojos Bellos me arrastró halándome fuertemente por el poco pelo que me quedaba como unos doce o catorce metros hasta el patio de la jefatura. Me tiró en el banquito. Gina estaba al lado mío y yo ni la sentía. Ella había corrido igual suerte.

Traté de abrir los ojos y entonces fue cuando descubrí que estaba completamente ciega del ojo derecho. ¡No veía nada! Estuve llorando allí tirada como por dos horas. La sed me mataba. Entonces pedí agua y no había terminado de hablar cuando Chipoyo contestó: “Van a estar siete días con siete noches sin comer ni tomar agua y sin bañarse ni acostarse, tiradas ahí”. Se fue

¡En ese banco! Al poco rato quise ir al baño y mi custodio me dio permiso, pero cuando vio que yo no podía moverme fue para donde yo estaba y con mucho cuidado me levantó y me cargó a un lado de su cuerpo. Me llevó hasta el baño y me sentó en la taza. Cuando terminé me levantó delicadamente, volvió a recargarme contra su cuerpo y de nuevo me sentó en el banquito. Era un jovencito de unos 18 años. Sabrá dios por qué se hizo guardia. Era de Baracoa... se llamaba Jorge Matos. A escondidas, el muchacho me dio un vasito de agua. Le pedí desesperadamente que me diera más. Todo esto era hablando bajito, en secreto, porque si lo agarraban lo pelaban al moñito. Me dijo que si tomaba más agua podía causarme una vomitera, pero me la trajo y no me causó nada malo. Me dejó sentada en el banco por un largo rato, y yo pensando en mil cosas. Ya había pasado gran parte de las torturas físicas y psicológicas. Ni sabía desde cuándo estaba en aquel lugar.

Había perdido la noción del tiempo completamente. Torturas, vejaciones, violaciones y... de todo vivimos. Vi como el Chipoyo pateó y torturó a un muchacho que estaba borracho, tremenda golpiza que le estaba dando. Iba a seguir pegándole si no llega a ser porque en ese momento intervino Casillas Lumpuy y le gritó: “¿Tú

estás loco? ¡Deja a ese muchacho! Tú no sabes lo que estás haciendo. Tú no ves que ese muchacho es vecino mío.” Y se llevó al muchacho para la casa, pero me dijeron que ese infeliz había muerto a los diez días después de una tremenda reventazón que tenía por dentro... Y allí estaba yo, en el banquito... Llegó un policía de apellido Pérez Mesa y cuando no había nadie me dio un buchito de café. Me vino el alma al cuerpo. Le pedí más pero me dijo que no porque se podían dar cuenta. Le pregunté que cuántos días llevaba allí encerrada y me dijo que cinco. Bueno, entonces empecé a llorar como nunca y él se puso muy nervioso. Me mandaba a callar, a la vez me consolaba... No todos eran bestias... algunos eran militares de honor y otros necesitados... Al otro día el soldado Matos pidió cuarenta centavos y compró para Gina y para mí sendos platos de sopa en una fonda cercana, pero qué va, no pude tomármela...

Guardo muchos recuerdos nada agradables. En aquellos días yo no sé si viví o morí en la famosa jefatura de Manzanillo. Lo que yo pude ver y sufrir en ese lugarcito infernal no es nada para lo que le cuento. Aquello era peor que el infierno de **Dantes**. Como me acordé de Martí y el Presidio Político. Cuanta razón tenía. Recuerdo que un día llevaron a dos muchachos, blancos ellos, que me llamaron mucho la atención porque vestían iguales y en realidad parecían mellizos. Dejé de verlos por la tarde. Por la noche cuando uno de los guardias le preguntó al Chipoyo por ellos le respondió: “Se ñamaban” y con la misma se empezó a reír.

Tampoco puedo olvidar a los tres traidores que vine a encontrar en la cárcel como verdugos: Juventino, La

Gruya y El Rápido. Este último traicionó a la causa revolucionaria y a Fidel. Se robó una gran cantidad de dinero del movimiento, pues era mensajero y por su rapidez fue que se ganó el sobrenombre. Si usted lo hubiera visto el día del juicio dándosela de supermacho. ¡Qué hombre más cínico! No sé ni como catalogarlo... Explicó hasta cómo hacía sus torturas. Ese tipo tenía piedras en el corazón si es que tenía corazón. Ya llevaban dos días sin torturarme físicamente, pero tenía que estar viendo al Rápido, a Gruya y todos los demás maltratando a otros compañeros... La tortura psicológica duele más...

A los diez días me pude poner espejuelos nuevamente, pero mi ojo derecho ya no servía para nada... ni tenía pelo porque me lo habían arrancado casi todo. No estaba incomunicada, pero aún no me habían dado nada de comer... Me sentía demasiado débil. El cocinero se lo dijo a mi primo Pedro Botello, que vivía en Manzanillo, porque llegué a pensar que como no me habían podido matar las torturas, me querían matar de hambre. Cuando Pedrito se enteró de que podía ir comenzó a llevarme desayuno, almuerzo y comida diariamente y lo pasaba por medio de un guardia de apellido Lavastida, quien me prestó una toalla y un vaso y me regaló un cepillo de dientes y un jabón de bañarse. Otro guardia de Manzanillo, Carrión, me cedió su cama.

El mismo Lavastida me contó: “Con todo lo que está pasando, alégrese de que no la hayan sacado del cuartel, pues a todos los que se sacan casi nunca regresan”.

Aquello me cayó como un martillo en la cabeza!... Un día vi a una compañera de celda peinándose y pintándose después de haberse lavado un poco. Traía un vestido

rosado muy bonito y limpiecito. Nunca olvidé como el Chipoyo la llamó: “Oye... Psss... contigo misma... dale, camina que tenemos que dar un paseito...” La sacó de la celda. De momento sentí mucho miedo y compasión por ella. “Va para la muerte segura”, pensé. Había podido ver como a eso de la media noche, sacaban los cuerpos de personas ya muertas y a veces semi-vivas... A la muchacha la trajeron por la madrugada; llena de moretones por donde quiera y sangrando por sus partes. El vestido rosado estaba hecho trizas.

Por fin me soltaron al cabo de 18 días. Unos decían que había intervenido un hermano de logía de mi primo porque el hombre era muy influyente.

¿La logía se acordó de mí a los 18 días?... Fue el abogado del Movimiento el que intervino. Ya él me había aconsejado: “Mira, ese pañuelito mójalo con agua bien fría cada vez que tengas una oportunidad, y pásatelo por los hematomas, fundamentalmente los de la cara... Mientras estés así no te van a dejar salir...” Así mismo fue. Sé que él tuvo que hacer algún arreglo porque después del día que vino, jamás me hicieron algo más. Pasé los últimos cinco días con más sosiego.

Junto a mí salieron en libertad varios hombres, seis mujeres y dos niños. Entre las mujeres estaba la madre del mártir Orestes Gutiérrez y la otra hijita de ésta que tendría entonces como unos siete años más o menos. También salieron una mujer y su hijo que estaban presos por haber comprado diez libras de sal. Sí señor, por eso... Vea usted, el caso es que todo lo que uno compraba en los campos éstos cercanos a la Sierra había que declararlo en los puestos de la guardia y da la casualidad que

el bodeguero se equivocó y al poner el dato de las libras en el vale de compras se le fue un cero y en vez de decir diez lo que decía era cien. Los soltaron gracias a que coincidieron las declaraciones y las comprobaciones.

Dos niños y noventa y ocho adultos vimos la luz nuevamente. Era el 30 de junio de 1958... Al principio pensé quedarme en Manzanillo en la casa de mis primos, pero luego decidí irme para San Germán por un tiempo de a casa de unas amistades. Ese es un central por allá por Holguín. ¡Qué pueblecito más revolucionario ese! Yo sabía que tenía que irme. Ya estaba fichada. Me habían denunciado dos veces y en la segunda fue la vencida. Ahí se rompió el dicho "A la tercera va la vencida".

Yayo Bertot me acompañó hasta mi casa después de liberada y me sugirió que me fuera de la zona porque seguro que a partir de ese momento me vigilarían fuertemente y que le echarían el ojo a todo el que fuera a hacerme la visita. A los pocos días me enteré de que habían llevado a mi hermano Emilio preso... y a él sí que no le vimos más nunca, quedó para el recuerdo... por eso es que yo vivo de recuerdos, a veces malos, pero a veces buenos y ahora me siento muy contenta porque yo sé que para nosotros los cubanos se cerraron las puertas del infierno...

Cuando me llevaron para la cárcel yo tenía 51 años y pesaba 155 libras. Me pasaron mil años después de aquel 12 de junio. Cuca Viltres, prima mía, me mandó a buscar apenas salí y acepté la idea de ir para San Germán porque pensé que desde allí sería más fácil salir para la Sierra, ya que, como no me conocían, iba a tener una vigilancia rigurosa. Todo mi plan era ése, pero cuál no sería

mi sorpresa al saber que el familiar con quien pensaba irme, Manolo Viltres, había sido capturado por los guardias. Estuvo preso un tiempo y cuando lo liberaron no encontró con quién avisarme y subió solo. Entonces me quedé allá en San Germán; pero no en la casa prevista.

Hice amistad con la familia de Roberto Díaz, y con un grupo de la Iglesia Bautista que estaba ayudando al Movimiento. Todos me trataban bien, pero con algún recelo, cosa que yo entendía bastante lógica, hasta un punto, por como estaban las cosas en esos días. Los jóvenes bautistas se reunían lo mismo en la iglesia que en el colegio donde trabajaban porque todos eran profesores de aquella escuela. Allí se daban clases desde preescolar kindergarten, como le llamaban, hasta séptimo grado.

Una tarde me enteré por medio de Roberto Díaz que estaban reunidos en la iglesia y llegué hasta allá. Cuando me vieron entrar se hizo un silencio sepulcral y cambiaron el tema. “Vengo a colaborar.” Todos me miraron fijamente y un muchacho delgadito muy arrestado se me acercó y me dijo: “Mire, nosotros estamos convencidos de que usted es una chivata que el ejército ha mandado para acá, porque aquí en Holguín no la conocen, así que mejor sigue su camino porque nosotros no estamos en nada...” De momento sentí como se me apretaba el pecho y unos deseos enormes de llorar. Creo que me alteré un poco. Me arranqué la blusa. Se quedaron tiesos donde estaban. “¿iVen estos moretones!? ¿iVen estos huesos partidos que se me salen?! ¿iVen estas marcas de látigo?! ¿Ven este tórax hundido?, ¡Miren! ¿iVen cómo me arrancaron el pelo!?, ¡Miren estos

pechos llenos de hematomas todavía... ¿Creen ustedes que esto es camuflaje? ¿Creen ustedes que es esto lo que le hacen los esbirros a los chivatos?!” Algunos hasta se le salieron las lágrimas y el mismo que habló al inicio se acercó y me pidió disculpas por lo sucedido. Es verdad, ellos tenían sus razones... y yo las mías.

El 2 de diciembre del 1958 entraron al pueblo Cristino Naranjo y Raúl Castro Mercader como a las doce de la noche. Traían cuatro camiones y un yipi. Empezaron a hablar por un altoparlante invitando a todo el que los quisiera seguir, pero parece que los guardias transmitieron por la microondas y al rato estaba allí una avioneta vomitando fuego para la población. Me acuerdo que en una logia que había allá cayó un peine de balas y a la iglesia Bautista le llevaron la cúspide. Los rebeldes se apresuraron pues habían ido era a buscar alimentos y al poco rato salieron con sus camiones cargados del almacén de López Peña. El día 8 de diciembre Cristino Naranjo entró nuevamente y se posesionó en una casa frente al cuartel y ¡menudo combate que tuvieron! Le hicieron dos bajas al ejército según contaba la gente por allí y ellos por poco pierden un hombre que se le encasquilló la pistola y explotó. Dicen que la bala le perforó la vejiga, después no supe nada más. ¡San Germán es un pueblo de anjá! Quisiera que usted hubiera visto cómo la gente ayudaba a los rebeldes. Una vez llegó un hombre a caballo vendiendo carbón y un soldado que iba para la casa a desayunar le dice que lo acompañe para que le deje un saco a su esposa. El soldado se entretuvo comiendo y cuando se dio cuenta salió en camiseta para la calle

gritando horrores porque el hombre le había dejado el carbón y el caballo también, pero se llevó la pistola y el rifle ¡Qué bien me reí ese día!

La casa donde vivía fue revisada cuando hicieron un registro general en el barrio: parece que buscaban a alguien. El caso es que yo estaba en el fondo cosiendo un pantalón verde olivo. Cuando sentí las voces sólo me dio tiempo a doblarlo y sentarme sobre él. Cogí un delantal y me puse a zurcirlo. Uno de los guardias entró rápido, miró para todos lados y salió enseguida. Oí cuando dijo: “No hay nadie”. Oiga.. sentí frío...

Todos los días estaba uno en una zozobra constante, esperando cualquier cosa... buena o mala... llegaron muchas malas pero al fin llegó la buena, la mejor que hemos tenido los cubanos. A San Germán llegó a las cinco de la mañana más o menos del día primero de Enero de 1959. Salí llorando de alegría para la calle como todo el pueblo. Y dando vivas. Ese día fue que muchos vecinos se enteraron por qué yo estaba en ese lugar. Bien que me acuerdo... Los rebeldes, la gente, la bulla... Abrazaba a los rebeldes, les tocaba las barbas, gritaba. Bueno, la gente pensaría que estaba loca.

Comencé a preguntarle a todos si conocían a Pajito Montero, que era mi cuñado entonces, y a Monchy Turtós, al fin uno de apellido Hinojosa me dijo que a Turtós sí lo había conocido, que lo habían enterrado en Yateras, en el II Frente... La alegría que tenía se me cuajó... A los pocos días volví a Yara; estaba loca por ver a los míos.

Con el Triunfo de la Revolución comenzaron los juicios a los asesinos de la tiranía de Batista y estuve presente

en nueve procesos revolucionarios efectuados en Manzanillo, en el antiguo preuniversitario Merchán. Asistí a los de El Rápido, El Jiquí y otros. Pude ver cómo los mismos asesinos que me habían torturado en las mazmorras del cuartel ahora narraban sus crímenes y fechorías y hasta daban demostraciones de cómo hacían sus torturas. Hay que ser desalmado para eso, ¿verdad?

En Santiago de Cuba fui a un juicio revolucionario. Estaba aquí en mi casa, mejor dicho allí, pues nosotros vivíamos en aquella esquina, bueno, el caso es que llegó un rebelde a citarme para ir al juzgado, de allí me mandaron a Manzanillo a recoger una boleta para un juicio en Santiago de Cuba y pregunté el porqué. Entonces me explicaron que revisando las causas y la trayectoria de un guardia de Batista habían encontrado el caso mío y consideraban que debía comparecer como testigo ya que el guardia en cuestión había hecho sus servicio aquí en Yara.

Cuando estaba en Santiago vi que era uno de los que vino a cogerme presa y luego me condujo a Manzanillo. Ni sé lo que sentí. En el tribunal se me acerca el fiscal y pregunta: ¿Usted puede decir algo de este señor?, y entonces miré al acusado y respondí. ¿Pregúntele a él por qué me metió presa y qué puede decir de mí?

## ¿La última alcaldesa?

Imagínate! ¡La última alcaldesa de Yara! Bueno, a decir verdad yo no era alcaldesa; lo que pasa es que ya venía la costumbre de usar la palabra y cuando me eligieron Comisionada de Barrio a raíz del Triunfo de la Revolución, la gente me decía alcalde.

Aquí hubo varios alcaldes. Muchos de ellos gobernaron muy poco tiempo. A muchos los recuerdo claramente. Según he podido averiguar y recordar; el primer alcalde fue Rafael Sariol en 1909. No recuerdo bien qué tiempo estuvo, no sé dónde lo apunté. Narciso Tamayo estuvo hasta el 1915. En 1919 fue Emilio Gil; desde 1920 hasta 1923, Decoroso Puebla; de 1926 a 1927 nuevamente Decoroso Puebla, reelegido en 1928 hasta 1932, cuando eligieron a Pedro Botello, quien fue alcalde sólo por un año. Del 1933 a 1934 estuvo en la alcaldía Manuel Terrero, de los del ABC. En 1935 gobernó Wenceslao Rodríguez y en 1936 subió Ramírez Pérez hasta noviembre de ese mismo año. En diciembre vuelve Wenceslao Rodríguez hasta 1938. Antonio Borrás fue entonces alcalde hasta 1940 y en el mes de agosto cesó sus funciones y le entrega de nuevo la alcaldía a Wenceslao Rodríguez, quien estuvo hasta 1944, año en que fue elegido Secundino Martínez, hasta julio de 1946. En 1947 viene Ángel Silveira hasta octubre de 1949. En noviembre de 1950 gobernó Eudaldo Viltres

hasta 1951 que se eligió a Wenceslao Rodríguez nuevamente hasta agosto de 1952. Eudaldo Viltres vuelve a ser alcalde hasta septiembre de 1952 que fue electa una mujer por primera vez: Esther Escalona. No recuerdo bien qué pasó durante los meses de abril y mayo de 1953 que gobernó Eudaldo Viltres; pero fue momentáneo porque Esther Escalona terminó su período de mandato en el año 1954. En ese año sale de alcalde de nuevo Wenceslao Rodríguez hasta marzo de 1959. ¡Se acabaron los alcaldes! El día 16 de marzo de 1959 fui designada como la Comisionada del Barrio de Yara: ¡la Última Alcaldesa!

Fidel había planteado lo de los comisionados desde que estaba en la Sierra, pero la gente nos siguió llamando alcaldes por fuerza de costumbre hasta que se perdió esa palabra definitivamente. Yo misma me equivocaba a veces y cuando firmaba algún papel le ponía “alcalde de barrio”.

La primera alcaldía que hubo en Yara estaba allí, donde hoy se levanta el cine grande. Ese lugar era conocido por “la alcaldía vieja”. Según cuenta la gente, el terreno y la casa eran propiedad de Rafael Sariol. Al menos puedo asegurar que allí nacieron algunos de sus hijos.

Mi alcaldía, digo, mi oficina, no estaba allí. Trabajaba siempre en mi casa. Aquí mismo atendía a la gente y tenía toda la papelería. En realidad no me gustaba mucho la idea de ser alcalde, pero el pueblo me eligió y no podía traicionar a mi gente. ¡Y cómo me trajo problemas todo ese trajín! Problemas y sufrimientos...

Todo comenzó en febrero de 1959. Venía de Manzanillo ese día. Cuando me bajé de la guagua me

estaban esperando siete personas en el paradero para llevarme a una reunión en que se debía elegir al comisionado del pueblo. El que estaba dirigiéndola era Ricardo Leyva Buduén y el secretario de actas Rogelio Matos.

Los Matos son una familia muy grande aquí, unos estaban de acuerdo conmigo y otros no. No todos eran megalómanos como Hubert. Hay muchos que son muy buenos revolucionarios. Los que se quedaron.

Bueno, a lo que íbamos... Estábamos en total cuarenta personas. Alguien me propuso. Sin más acá ni más allá sometieron la propuesta a votación y quedé electa Comisionada por decisión unánime. Al principio no quería aceptar porque me sentía muy mal todavía de las torturas y eso... estaba muy nerviosa... vaya... no sé... pensé que no podría. Pero insistieron.

Al día siguiente, muy temprano, recibí una carta de Tinita, la hermana de Hubert Matos que decía así:

Yara, 12 de febrero de 1959.

Estimada Amelia:

Por la falta de tiempo me es imposible llegarme hasta allá como era mi deseo para conversar contigo, pero voy rápido para Manzanillo y entonces lo hago por este medio.

Ayer me enteré que te habían elegido como candidata para la alcaldía, y como yo sé que tú eres y sigues siendo revolucionaria y conoces cuál es el fin que se persigue, que es el de dar todo lo que uno pueda sin pensar en remuneración, te voy a decir con franqueza que yo di la idea de que aquí en Yara podía

conseguirse otra persona que desempeñara mejor el papel.

Por otro lado creo que tú realizarías una labor muy brillante como prácticamente de la casa de socorros que según tengo noticias va a empezar a trabajar en breve tiempo, como quiera que si tú aceptaras el cargo de Alcalde obstaculizaría cualquier gestión para conseguir ese otro puesto, yo me tomé la facultad de pedir al grupo que se volviera a reunir con el fin de tratar ese asunto, yo particularmente he pensado que Saturnino Matos pueda realizar brillante labor ocupando este cargo y me propongo dar esta idea, espero que si tú sigues pensando en Cuba como antes me ayudes en esta misión porque creo sinceramente que Yara está necesitada de una figura como esa, pues la verdad es que el grupito de jóvenes que han trabajado no ven en él una persona adecuada. Espero y cuento con tu ayuda.

El motivo de que yo te haya dado estas explicaciones es porque como conozco el pueblo de Yara y sé aquí lo que se acostumbra a hacer es hablar mal de la humanidad y poner a la gente a pelear, quiero que sepas lo que hay de cierto en esto para que si alguno se propone a otro fin ya sepas la verdad de todo y por mí.

Demás está el decirte que conoces el afecto que por ti y sobre todo por tu mamá siento, así que aquí no podría haber mala fe.

Sin más por el momento y esperando que me comprendas como yo deseo, queda de ti afectuosamente.

Tinita.

Es verdad que en la vida hay que ver muchas cosas: decir que la gente de mi pueblo es chismosa y que ella

no tenía mala fe... ¿Y por qué no fue personalmente a verme? Mire, cuando cogí esta carta me entraron de momento tremendos deseos de llorar; pero no lloré. Fui a verla y le dije en su cara que yo hacía lo que me encomendaba la Revolución.

El problema era que ella y su hermano Hubert, así como otros familiares, me tenían por alguien muy humilde y sin cultura. Y sabían que yo sí respondería a la causa revolucionaria hasta el final. Saturnino era pastor de la iglesia Bautista. Ellos le llamaban primo, pero no eran nada. Además, él no era hombre de política, al menos que yo supiera. Cuando la guerra estaba en su punto él se fue con su familia para Güines y abandonó a la grey. A los Matos les convenía que fuera él.

Siempre lloré un poco. Entonces les dije a mis opositores que aceptaba también por honrar a la memoria de los compañeros nuestros que habían caído por las manos asesinas del dictador y no para vanagloriarme. Tinita, la que no me tenía mala fe, comenzó a recoger en un papel firmas de personas importantes del pueblo: comerciantes, politiqueros, y después que firmaban les decía que era para un acta donde ellos manifestaban su desacuerdo con que yo fuera alcalde.

La mayoría de esas personas entraban en desacuerdo con ella y pedían ser eliminadas de la lista. No le quedó más remedio que romper el acta y abandonar la idea. El pueblo tampoco estuvo de acuerdo y muchos salieron a la calle a protestar. Ella siguió insistiendo e hizo como una reunión en el antiguo "Club Yara" y me invitó. Llevó a la madre para que me conociera. Pensaba que la iba a complacer por el mero hecho de llevar a

la madre, a quien yo respetaba mucho, y me dijo que le dejara eso a Saturnino Matos y que encontrara colocación en la Casa de Socorros, que estaba por reabrir en esos días. No podía obedecerla porque mi madre me había enseñado y muy bien, lo que era un ideal puro. Además, si yo no traicioné a mis compañeros y a la Revolución cuando estuve presa, ahora menos lo iba a hacer. En esos momentos estaban de comisionados en Manzanillo: Bonet, Boronat y José Cubeñas.

Se avecinaban las fiestas del patrono San José. Ya se había solicitado el permiso y todo, pero la gente decía que no habría fiestas hasta que no se resolviera el problema de la alcaldía. Pito Motolá salió para Manzanillo y habló con los comisionados. Desde Manzanillo ordenaron que yo tomara posesión del cargo a partir del 15 de marzo; pero no pudo ser. El día antes murió una hermana mía y la toma de posesión se efectuó el 16 de marzo de 1959, creo que ya se lo había dicho... Ese mismo día comenzaron las fiestas tradicionales del San José y también mis nuevos problemas. Uno de los primeros y que de veras me hirió fue la renuncia del empleado que debía trabajar conmigo porque según él: "A mí no me gobierna ninguna mujer".

Unos días antes de mi toma de posesión, fue inaugurada la primera cooperativa de Cuba, la José Martí. Al acto asistieron Celia Sánchez, Fidel y Díaz Lanz, el traidor ese, con otros más. Vinieron en helicóptero. Ese día conocí a Fidel y a Celia así de cerquita. Eran como un par de hermanos.

Fue Miriam Puebla, hermana de Teté, quien me presentó a Celia y a Díaz Lanz. Conversé algo con ellos y

Celia me dijo: “Cuando se termine el acto vamos a pasar por la casa de Hubert Matos”. Cuando llegué de la Martí ya Fidel, Celia y otros compañeros estaban dentro de la casa de los Matos. Allí estaban Raymundo Botello y Amada de la Paz entre otros. La puerta estaba cerrada y la luz del portal apagada. La gente sabía que Fidel estaba allí y esperaba afuera para verlo. La primera en salir fue Celia, quien me saludó. Ahí fue donde aproveché y dije que el pueblo esperaba que salieran para oír a Fidel decir algo. Creo que para todo revolucionario lo más grande en la vida es oír a Fidel decirle aunque sea “buenas”. Él habló a oscuras, parado frente a la máquina en que andaban y no siguió porque se puso algo ronco. Pero complació a su pueblo como siempre. Demostró una vez más que es un hombre de pueblo.

Como le había dicho, con ese cargo se me complicó mi vida a sobre manera. Yo quería hacer muchas cosas a la vez. Ahora que estoy vieja y tengo más tiempo para pensar me doy cuenta de las veces que me equivoqué.

Eran tiempos difíciles para el país. El cambio fue brusco, como acostarse desnudo y con hambre y amanecer con ropas de encaje y rodeado de manjares, con zapatos de charol y un collar de perlas. Mucha gente no entendía bien lo que estaba pasando. Pero Fidel es muy inteligente y enseguida organizó la campaña de alfabetización. Sólo así la gente podría comprender y ayudar más a la Revolución. Eso se lo enseñó Martí cuando dijo que “ser cultos es el único modo de ser libres”.

La alfabetización fue una cosa muy bella. Algo sin precedentes en nuestro pedacito de suelo. Tengo en una libreta el nombre de cada uno de los compañeros

que alfabetizaron aquí en Yara y las casas donde estaban ubicados. La educación hay que seguirla más de cerca. Hay que velar porque no se pierda el trabajo de los brigadistas. Sí señor, porque sé todo lo que se ha hecho por la educación en este país. Cuando Fidel inauguró el curso escolar 1978-1979 en Camagüey le oí hablar de los años anteriores; del subdesarrollo, de las pocas escuelas y maestros que habían, y de cómo fue necesario improvisar escuelas en bohíos... y recordaba como se planteó que si era necesario dar clases debajo de un árbol que se dieran, pero que no faltara el maestro.

Por ejemplo en el año 1932, la escuelita que había en El Coco Adentro fue eliminada y trasladada a Cobia y luego a Yara. Entonces, los niños de allí se quedaron sin escuelas. Después, para más remate, vino Batista y destruyó la escuelita. Cuando el gobierno de Paquito Rosales en Manzanillo la escuelita se había vuelto a abrir, pero nada más mientras él gobernó.

Cuando me hicieron delegada, un vecino del Coco que contribuyó mucho a la alfabetización en la zona, me pidió que le gestionara la construcción de una escuela en el barrio. De inmediato hicimos el censo de niños en edad escolar y le entregamos los datos a la Dra. Dulce Estrada, en Manzanillo. Después le escribí a Armando Hart, Ministro de Educación. Ya el día 19 de junio de 1959 le había escrito pidiéndole la construcción de dos aulas; una para el barrio Sabana Nueva y otra para Pueblo Nuevo, porque habían más de 400 niños sin recibir clases entre los dos barrios. Después, el 18 de noviembre de 1960, le escribí pidiéndole una

Básica. No si yo digo que él no me conoce personalmente, pero debe acordarse de mi por lo mucho que lo fastidié. Bueno, volviendo a lo que le estaba diciendo... pues la carta para lo de la escuelita iba firmada por la Asociación Campesina. ¡Ah! también vi al Dr. Maragón, el responsable de Educación en Oriente, y le entregué la lista de los 68 niños en edad escolar conjuntamente con una fotografía del colectivo, así como el posible plano de la escuela. En el año 1962 comenzó a funcionar la escuela en una casa de tabaco que donó Miguel Benítez Arias; el mismo que solicitó la construcción de la escuela. Dos años más tarde ya estaba hecha la escuela de verdad y se le puso el nombre de mi hermano Emilio Puebla.

En mi período de comisionada se hicieron muchas cosas aquí, siempre con la ayuda del pueblo. Se mejoró la Casa de Socorro y en 1960 nos mandaron una ambulancia nuevecita. La gente pedía mucho... igual que ahora... y yo trataba de complacerlos en lo que se podía. Así fue como vino el problema de construir el estadio de pelota. La gente pedía y pedía. Por ahí tengo una pila de contratos firmados con orquestas famosas que vinieron a las fiestas del San José. Entregamos terrenos para fabricar casas, conseguimos una turbina con el papá de Teté y secamos las partes cenagosas del pueblo. Hicimos infinidad de obras. Todo lo que habíamos perdido durante tantos años lo quisimos recuperar en unos días. La gente estaba muy contenta.

¿Lo del estadio? Pues usted verá. En 1961 Luis Guerra Matos mandó a dos comisionados para entregar el terreno en que se construiría. Las gradas estaban hechas en

Manzanillo, pero pasó algo que obstruyó la gestión. El terreno en que se había pensado erigir fue traspasado de Obdulia Díaz a Cándido Jiménez y este planteó que pensaba hacer una fábrica de tubos allí y sólo lo daría si le entregaba \$ 11 000 pesos en ese mismo instante. ¡Vea Usted! ¿De dónde iba yo a sacar esa suma de dinero tan elevada?, si fíjese que el año anterior, para la compra de armas y aviones para defender la patria, tuvimos que salir muchas mujeres con alcancías por las calles y sólo recaudamos aquí unos cincuenta y pico de pesos. ¡Dígame usted 11 000! Para no cansarlo, el terreno lo compró Moreno y el estadio se hizo en La Sal. No sé si por fin le llevaron las dichas gradas que estaban en Manzanillo.

En julio de 1959 vino un ingeniero de apellido Pereda que trabajaba en Obras Públicas. Llegó con René Franco y Rafael Chávez para empezar a hacer las calles del pueblo y las instalaciones del acueducto. Fueron a verme para preguntarme por dónde debían comenzar. Respondí que por el camino del cementerio. Los tres se sorprendieron como si eso fuera algo del otro mundo. Entonces el ingeniero me dice: “Eso no está en los planos. Además, en el proyecto no discutí nada de eso”.

Comencé a explicarles los trabajos que pasábamos para enterrar nuestros muertos, pero después cambié de idea y decidí llevarlos por el camino para convencerlos. Salimos por toda la línea que va para el central Sofía, digo, Ranulfo Leyva, su nombre actual, un día lluvioso. La hierba altísima, les daba más arriba de las rodillas. Se arremangaron los pantalones pero se enfangaron muchísimo. Pa' qué hablar. Hicieron un terraplén. Cuando lo

terminaron los envié a arreglar la calle que atraviesa el parque para darle vista y mérito. Una vez que terminaran allí debían hacer la calle que sale a la carretera del Caney. Así mismo fue.

Los obreros estaban muy emocionados en la obra. En poco tiempo se celebraría el 10 de octubre... ese 10 de octubre de 1959... Bueno, el caso es que la gente estaba trabajando horas voluntarias para avanzar en la construcción de las calles. El día 8 vino el Comandante Hubert y visitó las obras. Conversó con las brigadas y les dijo a los hombres que trabajaran lo que tenían que trabajar y no anduvieran con eso de horas voluntarias. Y que si alguien les preguntaba o los requería que lo mandaran con él. Por supuesto que ese fui yo. Pero no, la gente siguió trabajando igual con el mismo entusiasmo. Estaban claros que el único beneficiado iba a ser el pueblo.

Los cubanos hacíamos fiestas hasta con la barriga vacía; por eso una de las primeras cosas que hice en mi mandato fue no dar tantos permisos para fiestas grandes. Todavía sigo creyendo que esa era una forma de ayudar al pueblo. En 1959 quedaba algo de corrupción y hambre. Los obreros ganaban poco hasta esa fecha y había familias con casos difíciles... y muchas calamidades y muchos hombres no se habían dado cuenta de que los tiempos eran otros y se mantenían buscando todavía una vida fácil mientras otros querían seguir con sus juegos de azar.

¡Oiga! En cuanto tomé la alcaldía, digo, cuando me hicieron comisionada, fundamos la Sección Femenina, compuesta de veintiuno o veintidos mujeres. Usábamos una blusa roja con una falda negra y un brazaletes con

letras blancas que decía SF Yara. Luego la fundamos en Yara Arriba, y para el desfile del Primero de Mayo, Juvencio Guerrero nos mandó dos guaguas para ir a Manzanillo a desfilar. Fuimos unas setenta mujeres. Llevábamos la bandera gigante del 26 de Julio que había hecho Amada de la Paz. Ese fue el día que me acusaron de pisotear la bandera. ¡Qué cosa!

La sección Femenina se fundó a finales de marzo de 1959 y la presidenta fue Juana Puebla Cañete. De las demás fundadoras, así, que yo recuerde ahora estaban: María del Carmen Espinosa, Argelia Puebla, Las hermanas Dora, Pastora y Elsa Ponce, Gloria González, Adis Nuvia Alarcón, María Isabel Calás, Esperanza Mendoza, Inés Sánchez, Oralice, Niurka Colás, Aracelis Arias, Delma Alarcón González, Olga y Gloria González, Eva Arias Escalona, Celia Martí, Diana Estrada, María Elvira Arias, Celeste Viltres Aristigüí, Luisa Sardiñas, Celia Alarcón, Agustina Rodríguez, María Esther Alarcón y Luisa Suárez Rivero... esas son las que recuerdo ahora de las primeras que dieron el paso al frente. ¡Ojalá que las que faltan no se molesten conmigo! Las mujeres de la Sección Femenina organizamos unos cuantos actos políticos revolucionarios y le obsequiamos una bandera a la Banda Municipal Rebelde en nuestro nombre. En aquel tiempo el jefe de por aquí era Armando Acosta.

Después las mujeres de la SF Yara nos incorporamos a la Federación de Mujeres Cubanas cuando esta se fundó. Donde primero se fundó la FMC fue en Manzanillo y yo me incorporé enseguida. Yo fui de las fundadoras. Conocí a Vilma Espín, a Esterlina Milanés y a Clementina Serra en esa reunión de fundación. El acto

fue en el teatro de Manzanillo y de allí fuimos a depositar una ofrenda floral en el busto de Martí que hay en el parque Céspedes de Manzanillo. La FMC de aquí de Yara se fundó en enero de 1961 y las filas fueron formadas más o menos por las mismas mujeres que se habían incorporado a la SF Yara.

Después se siguieron haciendo más cosas en el pueblo. Bien me acuerdo que una obra muy bonita fue la de construirle una casa a la madre del mártir Carlos Amengual García. Esa casa fue la primera casa de prefabricado que se construyó en este pueblo. Es más, ese fue el primer terreno que se entregó aquí. Recuerdo que Che Guevara en persona vino con Rogelio Acevedo a revisar la obra un día que pasaba por aquí.

Una no es perfecta, ¿sabe? Pero a mí lo que más me fastidia a veces es que tal vez una haya cometido errores y entonces los que dicen ser compañeros de una y que ellos sí que son revolucionarios y que esto y que lo otro, no son capaces de venir y llamarte y decirte lo que tú estás haciendo o hiciste mal. Eso fastidia... y yo pienso... Bueno, ¿y no estamos todos por la Revolución? ¡Sí señor! Pero en vez de hacer lo que tienes que hacer, se ponen a hablar de una en pequeños grupos... Igual que me hicieron los Huberistas. Entonces vienen esos pseudo-revolucionarios y dicen que yo era divisionista. ¡Oiga! yo puedo tener cualquier otro defecto, pero eso no... Tal vez sí se hubiese dicho que yo era algo regionalista, quizás hubiesen tenido un poquito más de razón porque es verdad que yo siempre he tirado mucho para Yara, pero nunca he antepuesto mi orgullo regional a los intereses de la Revolución.

No, no, no, lo de la bandera fue una cosa pasajera que se pudo resolver con conciencia. Un señor que no me quería bien me acusó de haber pisoteado la bandera del 26. Enseguida se armó tremendo jaleo y tuvimos que hacer una reunión donde se esclarecieron los hechos. Había sido una compañera la que le pisó una punta accidentalmente mientras la doblaban, porque era demasiado grande. Siempre hay gente así, que se cogen los problemas suyos para afectar a los demás, que les gusta pararse a mirar las manchas del sol. Así es la vida. Siempre habrá también aquellos que le salgan al paso. No se puede tolerar a los breteros en la filas de los revolucionarios. Ya Raúl ha hablado clarito sobre el brete y el chisme.

Bueno, a mí no me invitaron los Huberistas, pero la que era entonces directora del Centro Escolar, una compañerita de Manzanillo, Nilda Lamelas, me mandó una invitación para el acto que se hizo en su escuela con todos los niños. ¡Esos sí que eran el pueblo! ¡Esos eran el Yara del futuro! Por eso fue que lo que hicieron los divisionistas a mí en realidad no me hirió en lo absoluto, aunque no niego que me molestó. Yo sabía que eso era una patraña divisionista...

Otras de las cosas importantes que se hicieron en el pueblo en mis tiempos de comisionada fueron las inscripciones a muchos de los rebeldes que no estaban inscriptos en el registro civil. Conseguí varias máquinas de escribir y en el antiguo "Club Yara" se hizo el trabajo. Eso fue en el mismo año 1959, si mal no recuerdo. En 1961, cuando lo de la alfabetización recuerdo que me invitaron a Manzanillo con otros compañeros para participar en la Primera Cena Martiana

de Manzanillo después del Triunfo Revolucionario. Eso fue el día 27 de enero.

La noche buena martiana fue instituida por la revista *Orto* iniciativa de su director Juan Francisco Sariol, el día 27 de enero del año 1926. El objetivo era el de rendirle homenaje a Martí y a la vez, divulgar su ideario. Sinceramente que eso fue algo muy bello... ¡Maravilloso!.

Otra cosa que recuerdo con agrado es de cuando vinieron los textileros de la Aguja de la Habana a la conmemoración del 26 de Julio que se celebró en El Caney de las Mercedes. Resulta que por determinadas causas organizativas el tren en que ellos vinieron se retiró, digo yo organizativas, a lo mejor fue una contrarrevolución. El caso es que el tren se va y toda aquella gente tuvo que quedarse aquí. Yo salí con otras compañeras y les conseguimos dónde quedarse: ¡En las casas del pueblo, por supuesto! El oriental siempre ha sido muy atento y los compañeros textileros se fueron muy complacidos del trato que le dimos. Tan es así que al poco tiempo mandaron una canastilla inmensa para el primer niño que naciera el 10 de Octubre de 1960. Pero ahí no acaba todo, no. Mire, resulta que el 10 no nació nadie y entonces se vino a aparecer un parto el día 15, una niña a la que nombramos Yara, y el 18 un niño al que nombramos Carlos. Dividimos la canastilla. Para Yara Teresa Viltres Milán designaron una cuna, una sillita de hacer caca, toda la ropita de hembra, jabones, leche condensada, maltas y otras boberías; y para el varón, Carlos Manuel González Torres, se designaron las otras cosas. Las dos familias eran muy pobres. La cuna de

Carlos Manuel era muy ancha y como venía encolada fue necesario safar una parte de la pared para poderla pasar porque no cabía por la puerta de la casita.

Como a los cuatro meses llegaron dos milicianos de los de la textilera de la aguja que venían de recorrido y pasaron a saludar. Iban para la Sierra no sé a qué. Al llegar aquí les contamos lo que habíamos decidido con la canastilla y se pusieron muy contentos. Los milicianos se nombraban Pablo Veitías y Esteban Bonilla.

Con todas estas cosas, un poco el viento a favor y otras veces en contra seguí trabajando sin parar. Trabajando... trabajando... Fui Comisionada durante seis años. Aunque no sé, a veces me sentía como una figura decorativa. ¿Sabes lo que me hicieron una vez?... Eso sí que me dolió... fue en el año 1962, creo... bueno, el año no es lo fundamental ahora: lo fundamental es que se reunieron un grupo de compañeros y fundan la ORI pero a mí nadie me citó y ni siquiera me invitaron por política. Y lo más bonito de todo eso es que yo nunca he sabido el por qué... Pero bueno, así es la vida...

Cuando desaparece el cargo de comisionado, porque ya había una nueva estructura organizativa para la dirección en el país, los nuevos jefes que habían surgido me ponen a trabajar como Inspectora Auxiliar de Ingresos hasta el día primero de marzo de 1968 en que me mandan a buscar del Poder Local y me ubican en Transporte de Carga. Allí estuve hasta que me jubilaron a la edad de 71 años. Así, poco a poco me fueron separando y marginando y muchos llegaron a decir que yo estaba loca, que era una vieja con psicosis y que esto y lo otro... Bueno, fíjese que a mí me tuvieron de aspirante al PCC y me

otorgaron la militancia el día 20 de septiembre de 1981. La Revolución es justa, y puede que haya uno que otro que trate de obstruir el camino, pero la justeza revolucionaria siempre lo va a descubrir.

Bien dice el refrán: “Más fácil se coge a un mentiroso que a un cojo”. Por eso yo nunca he mentido ni mentiré. Total si la verdad siempre triunfa y las amistades valen más cuando son sinceras y francas. Ya la Revolución es como un amigo viejo, franco y sincero. Cuando uno está en malas condiciones llega otro revolucionario de verdad y te da aliento. Lo más importante es tener confianza en la Revolución y una ciega fe en ella... y en el jefe, que ese es el corazón... ¿Verdad?.

¡Ay, Negro, usted sabe una cosa? Yo le voy a contar algo hoy que nunca se lo había dicho a nadie. Mire, ¿sabe por qué yo quiero tanto a Fidel y por qué le tengo tanta fe? Pues porque es un hombre sincero y porque él nunca quiso ser el jefe de esto. Lo que pasa es que su inteligencia y la misma gente lo pusieron de jefe. Yo digo esto porque usted verá: Un primo mío, Pedrito Botello, fue telegrafista allá en Birán en la finca de Don Ángel Castro y él era muy amigo de la gente de por allí y por supuesto conoció a Fidel cuando era un muchachón. Por ahí él tenía unas fotos de Fidel, de Mongo y de los demás cuando eran muchachones. Una vez que vino Pedrito me contó que a él le había llamado la atención y le agradaba mucho Fidel el hijo de Don Agel porque era un muchacho valiente y suelto de lengua. Mire el caso es que según Pedrito, Fidel era muy ortodoxo desde muchacho y en el barrio habían varios guardias rurales porque en esa zona abundaban los bandidos, pero que

uno de los guardias era un liberalista empedernido y vivía hablando cosas y diciendo barbaridades sobre la política y las cosas.

En unos días en que se habían celebrado unas elecciones en Santiago de Cuba había ganado uno del partido liberal y un grupito lo comentaba y entonces Fidel que tendría unos quince o dieciséis años estaba en la discusión y el guardia ese que yo le decía le dijo a Fidel “Aquí va a llegar el día en que el Partido Liberal gobierne en todo el país”. Y me contó Pedrito que Fidel que era un muchacho flaco y largo cantidad se abrió el botón de abajo de la camisa y bastante rabioso y molesto, pero calmado se le acercó al guardia y le dijo: “Mira, aquí lo que va a llegar el día en que uno cualquiera como yo te va a desarmar, te va a quitar el traje y te va a caer a patá”. Con la misma, me cuenta Pedrito que arrancó y se fue.

Cuando triunfa la Revolución recordamos la anécdota y entonces le tuve más confianza. A ese jefe lo sembró el pueblo, porque es la semilla del pueblo. Ese es el corazón del pueblo... ¿Verdad que sí, Negro?

## Amelia en la memoria

**A**...! ¡Sí, hombre, como no! ¡Yo me considero uno de sus grandes amigos! ¡Que sí sí! ¡Cómo que no! Yo me acuerdo como si fuera ahora cuando Amelia venía a venderme los bonos del 26. Por una cajita en el armario andan algunos todavía. Esa mujer era guapa. Por estar en todos esos trajines de la Revolución fue que la metieron presa. Y oiga, dicen que se portó más macho que muchos hombres... Usted no sabe de los cuentos que hizo aquí un guardia de todas las cosas que le hicieron... ¡Del cará!

Bueno, yo soy primo de Amelia y le puedo contar muchas cosas de su lucha. Al principio eran unos pocos y tenían que trabajar mucho en la labor propagandística y en el apoyo a los compañeros que estaban en la Sierra. Ella vendía el periódico *La Calle*, bonos del 26 y muchas otras cosas. Producto de sus actividades en la clandestinidad fue que la botaron de la farmacia donde trabajaba. Eso fue en 1956. Ella había cogido confianza en su trabajo de revolucionaria y para decirle la verdad; nunca se me había ocurrido que alguien de aquí la denunciara. Sabía que era posible que algún día los guardias se dieran cuenta... pero...

Mire, no es porque sea su primo ni nada de eso pero sí le aseguro una cosa: mejor que esa mujer no la encontrará usted en Yara. Fíjese que ella trabajaba en la

botica y también inyectaba en las casas a la gente y si uno no podía pagarle daba igual.

Nunca dijo que no a la hora de hacer un favor. Y con todo y lo que tuvo que pasar en la cárcel, hubo gente que decían que ella no había hecho nada... Usted sabe cómo son las cosas y los oportunistas, hasta llegaron a decir que estaba loca. ¿Usted sabe por qué? ¡Porque le decía la verdad a cualquiera en su cara!

No sé cómo sobrevivió a lo que pasó... Cuando la soltaron los casquitos, estaba amarilla, flaca como un güin. Nos dijeron que la torturaron los guardias, que esa gente la habían cogido y a la fuerza le abrieron las piernas y vivieron con ella... Esa muchacha que era una señorita de su casa. Nunca habló de lo que le hicieron porque era una mujer valiente y con una moral y un pudor de anjá. Pregúntele a Celeste Herryman que era su mejor amiga.

Amelia era mi amiga ¡Imagínese como me iba a sentir cuando me contaron el estado en que estaba! El día que la trajeron de Manzanillo yo me acuerdo que toda la gente iba a verla y mi mamá fue también. Cuando regresó venía con las lágrimas afuera: ¡Niña, esa no es ella, es un fantasma...! y por eso no quise ir.

Somo más o menos contemporáneas. Ella fue el primer comisionado que tuvo este pueblo al Triunfo de la Revolución y por eso mucha gente le decía la Alcaldesa... Quizás por eso entre otras cosas se sentía responsable del destino de Yara; pero creo que por sobre todo estaba su amor a la Revolución. Por esta Revolución ella supo aguantar las cosas más terribles que se le pueden hacer a una persona con dignidad. No sólo en

la cárcel; porque después, como en los años setenta ó setenta y pico hubo muchos aprovechados y descara- dos que la tildaron de loca cuando ella denunciaba públicamente sus fechorías y los robos que le hacían al estado.

Quisiera que usted hubiese visto cómo trabajaba Amelia cuando la hicieron Alcalde aquí en Yara. Incansable... y muy honesta. Su casita la hizo pidiendo favores... y todo, todo, todo lo que le vendían o le daban, lo anotaba en una libreta... ¡Nunca se cogió ni un clavo del pueblo!

Hay gente que ha dicho que ella no ha hecho nada... y me pregunto. ¿Qué más querían que hiciera?! Soy de la opinión que hizo la parte que le correspondía de acuerdo con su formación y su ideología. Lo que pasa es que muchos no estaban de acuerdo con ella porque era muy cruda a veces para decir las cosas y le soltaba la verdad al más pinto de la paloma en su misma cara.

Cuando ella no era alcalde trabajaba en Manzanillo en la consulta del Dr. Calaffell. Creo que fue en el año 1957 o en 1958. Bueno, pues allí oí a una señora hablando con otra y decía que había ido con un espiritista a pedirle un daño para Amelia Puebla. Me quedé pensativa y en realidad no logré entender nunca por qué una persona podría desearle mal alguno a una mujer que dejó sus años mozos al lado de una causa justa. No entiendo, sinceramente. Debe ser envidia.

Amelia sufrió mucho por parte de sus opositores. No estaba en eso de la envidia política. ¡Óigame! Lo del día 10 de octubre de 1959 fue algo triste y vergonzoso: se anuló por completo la persona que en cualquier ciudad

o pueblo debe ocupar uno de los primeros lugares cuando se trata de celebrar un día histórico. Sí, me refiero a ella, a la alcaldesa. Mire, se celebraron banquetes, se pronunciaron discursos, interesantes por cierto, pero no se mencionó o mejor dicho, no se tuvo en cuenta para nada a aquella humilde muchacha que desempeñaba el cargo de alcaldesa, parece que les pareció demasiado humilde. Los organizadores del acto aquel hicieron invitaciones en la ciudad de Manzanillo y por los altoparlantes gritaban nombres de personalidades de dicho poblado, pero no mencionaron a la alcaldesa para nada. En cambio, de las “grandes personalidades” que mencionaban ninguna sufrió prisión, ni fueron revolucionarios ni nada por el estilo, casi todos eran familiares allegados de Hubert Matos. Después pasó algo que me alegró muchísimo: Cayó un aguacero tan horrendo que los obligó a suspender el acto y para colmo de males se fue la corriente y esa noche completa faltó la luz en el poblado de Yara.

Recuerdo todavía cómo venían a reunirse a veces aquí a mi casa para conspirar contra Batista. Ella fue de los cuatro primeros fundadores del Movimiento 26 de Julio aquí en Yara. Junto a otros dos más y el hijo mío, el que después se fue...

Soy del taller literario del municipio y escribo poemas. Creo que aparte de los poemas que he hecho para mi nieta que estudia en Leningrado, los más sentidos que he escrito son los que le hice a Amelia el día de su cumpleaños en 1984 y el día de su muerte...

Coincide tu cumpleaños  
con una fecha recordada  
con los valientes de Las Coloradas.

Hombres de mochilas mojudas  
llegados un amanecer  
jurando morir o triunfar.  
Amelia amiga y  
mujer de pueblo  
situada en púlpito  
de gloria.  
Mujer que eres rosa,  
con perfume y  
páginas de historia.  
Hoy, con sentimiento  
de no ofrecerte algo mejor  
pongo ante ti estas flores  
regalo humilde, pero,  
lleno de amor.  
Felicidades Amelia.

Celeste. 2 de diciembre de 1984

Este es el otro, el de la despedida... pero este me  
hiere repetirlo...

A: Amelia Puebla Pérez  
Tu presencia cubrió mis años  
como un ocaso lejano que partía.  
Tu fuerza quedó conmigo  
situada en el tamarindo. Tuyo y mío.  
Y hoy en junio 14, desnuda te llevan  
en la cristalina vertiente de un abrazo  
para siempre en tus ojos cerrados.  
Celeste H.

Mire, compañero, si usted va a escribir eso no ponga mi nombre, porque a mí no me gusta la idea de hablar de ella... vaya, porque una es familia y la gente piensa que una quiere que la familia sobresalga... usted sabe como son las gentes...

Ella era tía mía. La cuidé hasta sus últimos días. El nombre completo era Amelia Elisa Puebla Pérez. Usted no sabe lo orgullosa que vivía de haber nacido el 2 de diciembre de 1907; porque éste era un día muy significativo para ella... Y fíjese, murió el 14 de junio... ¿Qué le parece? Hay quien dice que eso es porque ella estaba hecha de la pasta con que se hacen los héroes. Fíjese como era ella que incluso en sus últimos días todavía estaba en la recaudación de las milicias y participando en las tareas del CDR, ella era así. Yo le cocinaba y ella me decía; “Raquel ahorita como”, y era porque así mismo con sus piernas enfermas y todo había hecho café o cualquier otra cosa ya. A veces se pasaba horas conversando con la gente que venía a verla y su tema era siempre la Revolución, los avances del pueblo, lo que se hace y lo que se hacía correctamente, bueno siempre lo mismo.

En los últimos días de su vida se levantaba por las noches... le habían salido los golpes y las torturas y no la dejaban dormir. ¡¿Y usted sabe lo que se ponía a hacer?! Se ponía a escribir de Fidel, de los años de la clandestinidad y sobre su madre. La memoria le fallaba mucho y comenzaba hablando de una cosa y terminaba con otra. Lo quería decir todo a la vez. Se levantaba lo mismo a las doce de la noche que a las cinco de la mañana. Los dolores en la cabeza, la espalda y las piernas la tenían muy mal.

He conocido pocas personas como ella, fíjese que a pesar de lo poco que le dan en su mensualidad de retiro, cuando se habló de las donaciones voluntarias para las MTT, vino enseguida y me dio su aporte. Así mismo como estaba salió por su delegación y me entregó la cantidad de cinco pesos. Eso fue el 27 de octubre de 1982, yo todo lo anoto. Era una federada muy activa.

Es verdad. No le dieron el aumento de retiro que le dieron a todos los ex-combatientes. Hizo mil gestiones y nada. Entonces, con un muchacho pariente de ella, Rolando Puebla, le hizo una carta a Fidel diciéndole muchas cosas sobre ella y preguntaba por qué no le daban el aumento. A los pocos meses le llegó; en el mes de junio. Pero ella no se enteró: murió al otro día.

## Epílogo

La muerte de Amelia fue llorada por muchos: conocidos y casi conocidos. Era como si hubiese muerto un pedazo de historia. Escribieron los poetas, cantaron las aves, perfumaron el ambiente las flores y trabajaron los obreros mientras los niños estudiaron para que se diera fuerte la semilla que se siembra ese día. Y para que germinara rápido le llovió; porque la naturaleza es sabia. estaba hecha, sin lugar a dudas de la estirpe de los héroes: nació 49 años antes del Desembarco del Granma y se fue el día en que llegaron dos grandes que salieron a su encuentro.

¡Nada, que las casualidades de la vida son así!



## **Amelia en el tiempo**

Demos gracias a Daguerre, Niepce y a todas aquellas personas que nos enseñaron a atrapar el tiempo con la luz. Gracias a ellos hoy Amelia puede ser también un haz de luces con contrastes que nos den una dimensión mayor de su figura, que nos acerquen más a su contexto.

Muchas son las fotos por las que cruza Amelia; dejando su imagen en diversos planos, así tenía que ser como ente activo que siempre entra y sale de su tiempo y el nuestro.

Presentamos al lector una breve muestra iconográfica de Amelia Elisa Puebla Pérez, La última alcaldesa.



Casa construida por Amelia y lugar donde falleció.



Amelia (1938).



Carnet del Centro Gallego de Sigo. de Cuba.



Amelia (60 años).



Junto al campesino que donó el terreno para la construcción de la escuela de "El Coco",



Rodeada de los niños que asistirían a la escuela de "El Coco".



**Junto a los textileros de La Habana en Manzanillo.**



**Inaugurando una obra social.**



Junto a Juan Ramírez, Ángel González y Aurelio Hernández.



Homenaje ofrecido por los pioneros (1985).

**AMELIA LA ÚLTIMA ALCALDESA**  
fue impreso por Ediciones Bayamo en noviembre del 2003.  
Esta edición consta de 250 ejemplares.